

Secreto triple del Espíritu Santo

Por James McConkey

Copyright original, 1897.

Traducido por David Cox 2019, revisado 2024.

Nota: Estoy rompiendo los párrafos largos a ser más cortos y leíbles.

Contenido

1. El secreto de su llegada

2. El secreto de su plenitud

3. El secreto de su constante manifestación

Los libros de McConkey son joyas raras y maravillosamente útiles sobre la vida cristiana. Este no es una excepción, y fue considerado el “*mejor*” libro sobre el tema por William Bordon, un adulto joven y este libro fue muy usado que marcó la diferencia en tiempos pasados y cuya biografía fue escrita por la nuera de Hudson Taylor. Bordon lo llevaba consigo a todas partes, ¡y por buenas razones, como descubrirás! Personalmente tuve este libro durante muchos años, lo encontré en una librería usada, pero solo lo recogí para leerlo como resultado de que mi pastor hiciera una serie sobre el Espíritu Santo. ¿Alguna vez me sorprendí y bendije, y encontré una aplicación personal del primer secreto: “*ya tienes el Espíritu Santo,*” en mi haber tenido el libro durante tantos años y no haberlo leído y sido bendecido por él.

James McConkey era originario de Pensilvania, se graduó de Princeton College (ahora Universidad) en 1880 como presidente de su clase, y más tarde estudió derecho y fue admitido a la barra. Fue influyente en el trabajo de YMCA y en la fundación de África Inland Mission. Inválido la mayor parte de su vida, murió en 1937 a la edad de 79 años.

Este libro fue publicado originalmente por Silver Publishing Company y se ofrece gratuitamente a cualquiera que solicite una copia. Tenía derechos de autor en 1897.

Original work is public domain, by the Spanish version has a derivative copyright by David Cox 2019.

La obra original es en el dominio público, pero la versión en español tiene un derecho de autor derivado por David Cox.

I. EL SECRETO DE SU UNIÓN ENTRANTE CON CRISTO

Este Jesús. habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo. [Hechos 2:32, 33.](#)

Pero de Él sois vosotros en Cristo Jesús. [1 Corintios 1:30.](#)

En quien. ustedes fueron sellados con el Espíritu Santo de la promesa. [Efesios 1:13](#)

La vida abundante.

"He venido para que tengan vida, y para que la tengan MÁS ABUNDANTEMENTE." [Juan 10:10.](#)

A medida que el viajero que se dirige al oeste avanza velozmente por Alleghenies, su mirada vigilante difícilmente puede dejar de notar la superficie reluciente de un pequeño lago artificial cuyas aguas teñidas de azul que reflejan los cielos de arriba, agregan mucho a la belleza del gran sistema ferroviario que abarca nuestro estado nativo. Esta laguna, en relieve en las profundidades de las montañas, es el embalse que suministra agua a una ciudad vecina ocupada, y es alimentada por un arroyo de montaña de suministro modesto.

En la sequía del verano pasado, las corrientes de relleno se redujeron a un hilo diminuto; las aguas del embalse se hundieron hasta sus límites más bajos; y todos los males de una prolongada hambruna de agua, con su amenaza constante para la salud y el hogar, asedian la ciudad. La economía más rígida fue impulsada por las autoridades; se cortó el agua, salvo unas pocas horas por día; y el escaso suministro de fluidos preciosos fue cuidadosamente protegido contra emergencias. A menos de cien millas de esta

ciudad se encuentra una más pequeña ubicada también entre las montañas. En su centro explota una fuente natural de abundancia ilimitada y maravillosa belleza.

En el mismo verano de sequía desastrosa, esta famosa primavera sin disminuir ni una pizca de su flujo maravilloso o hundirse una pulgada por debajo del borde de su terraplén circundante, proporcionó a la ciudad sedienta el suministro más completo y luego fluyó sobre su vertedero un resplandeciente, saltando corriente de abundancia ininterrumpida, que le otorga a la realeza el privilegio no solo de refrescarse con su agua, sino de bautizar con su propio nombre la ciudad de *“La Hermosa Fuente.”*

La ciudad más grande, en verdad, tenía agua. Pero el más pequeño lo tenía *“más abundantemente.”* El escaso riachuelo que goteaba en el embalse apenas era suficiente para salvar la sed. Pero la fuente burbujeante viviente, derramando su riqueza líquida en flujo pródigo para su pueblo natal, había dejado aún lo suficiente como para saciar la sed de una ciudad muchas veces más grande que su vecino mayor.

Aun así es con la vida del Espíritu Santo en los hijos de Dios. Algunos tienen su vida interna solo como la corriente de goteo con escasez suficiente para mantenerlos y refrescarlos en momentos de prueba y estrés, y sin saber nunca lo que significa su plenitud. Hay otros en quienes las palabras de Jesús se cumplen alegremente: *“He venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia”* (más abundantemente).

No solo están llenos del Espíritu en su propia vida interior, sino que se desbordan en abundantes bendiciones para las vidas hambrientas y sedientas que buscan conocer el secreto de su refresco. La tristeza llega, pero no puede robarles su gran paz. Oscuros crecen los días, pero su fe infantil abunda más y más. Caen fuertemente los golpes aflictivos, pero como el pozo de petróleo que, bajo el golpe del explosivo, produce un flujo más abundante debido a la destrucción de su depósito rocoso, por lo que sus vidas solo vierten un volumen de bendición cada vez más enriquecedor los de ellos. Una corriente incesante de oración fluye desde sus corazones.

Los elogios saltan tan instintiva e ingeniosamente de sus labios cuando la alegre canción estalla en la alondra. La confianza se ha convertido en una segunda naturaleza; la alegría es su resultado natural; y el servicio incesante surge no de la esclavitud del deber sino como la respuesta amable del amor. No son como las bombas secas, necesitan ser ayudados por otros a través de borradores de exhortación y estimulación antes de que den su escaso suministro. Son pozos artesianos más bien profundos, espontáneos, constantes, que fluyen espiritualmente. En ellas se han cumplido las palabras del Maestro: *“El agua que le daré será en él un pozo de agua que brotará en la vida eterna.”*

Tales fueron las vidas de los apóstoles después del día memorable de Pentecostés; transformado de seguidores tímidos, egoístas y vacilantes a mensajeros audaces, sacrificados y heroicos de Jesucristo; predicando su evangelio con maravilloso poder, gozo y efectividad. Así fue Esteban *“LLENO de fe y del Espíritu Santo”* y Bernabé *“LLENO del Espíritu Santo y de la fe.”* Pablo barrió de aquí para allá en sus grandes viajes misioneros *“LLENOS del Espíritu Santo.”* Así fue Charles Finney predicando el Palabra de vida con ardiente seriedad nacida de una poderosa plenitud del Espíritu. Tales eran Edwards, y Moody, y multitudes de otros; y una vida tan abundante como la que Dios ofrece a todos sus hijos como su derecho de nacimiento, su herencia legal. En su imagen de su precioso fruto ([Gálatas 5:22, 23](#)), vemos que es una vida de

AMOR ABUNDANTE.

Vea a los apóstoles llenos de celo ardiente para dar el evangelio del amor de Cristo a todos. El intenso amor de Mark Stephen por las almas. Contempla el corazón radiante de Pedro y sus fervientes testimonios que ahora atestiguan bien su sincera afirmación: *“Sí, Señor, tú sabes que te amo.”* Marque al hombre de Tarso, consumido con tal amor por los hombres moribundos como nada pero Dios pudo inspirar, y ninguno pero Dios pudo superarlo. Su gran corazón palpitante es una fuente demasiado pequeña para contenerla; sus palabras emocionantes y ardientes son un puente demasiado débil para

transmitir; su débil cuerpo gastado por el trabajo es un tabernáculo demasiado débil para encarnar toda la plenitud de su apasionado amor por las almas.

Así también Brainerd trabaja, ayuna, llora y muere por sus indios, debido al Amor divino dentro de él. Judson es expulsado de la tierra de su elección; está desconcertado una y otra vez en sus esfuerzos por obtener un punto de apoyo en Birmania; languidece en prisión en medio de horrores y sufrimientos indescriptibles, sin embargo, la llama del amor nunca se apaga. Livingstone viaja a través de un desierto sin senderos; soporta dificultades incalculables; está destrozado por la visión de la infamia y la angustia del tráfico de esclavos; sin embargo, muriendo de rodillas en oración santa, el amor arde más intensamente que en los días de su juventud.

Paton se exilia entre los caníbales; enfrenta dificultades que intimidarían a los más atrevidos; trabaja con paciencia, reza con fe poderosa; sufre con una fortaleza inmutable, cosecha con una alegría indescriptible; y luego rodea la tierra en sus viajes, su corazón todo el tiempo pulsando con el poderoso Amor del Espíritu.

¿El corazón de quién no se ha emocionado con la historia de Delia, la reina del pecado en la calle Mulberry, y de su rescate de una vida de vergüenza? Sin embargo, fue el ardiente amor de Cristo en su corazón lo que llevó a la Sra. Whittemore a buscar salvar a este perdido. Fue el amor que exhaló la oración sincera sobre la rosa impecable y se la ofreció al errante. Fue el amor lo que atrajo a la pobre niña a la Puerta de la Esperanza en la hora de su condena. Fue el amor el que la acogió, lloró sobre ella y derritió su corazón con contrición y arrepentimiento.

Y entonces el amor engendró al amor. Para salvarse al máximo, esta rescatada rompió la caja de alabastro de su vida redimida como una ofrenda del sabor más dulce a los pies de Aquel cuyo Amor la había salvado, y salió a contar la historia del Amor a los demás. En las cárceles, en los barrios bajos, en las reuniones callejeras, donde sea que este rescatado contara la historia de Aquel que nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros, el amor encendido del Espíritu Santo disparó su alma de tal manera que hombres fuertes, endurecidos por el pecado, inclinándose y sollozando bajo sus palabras apasionadas y apasionadas, fueron arrastrados por decenas en el reino de Dios. Durante un breve año, la vida amorosa de Dios fluyó, llena a través del canal abierto de su ser rendido; animándose, emocionando e inspirando a todos con quienes ella entró en contacto, y luego se dirigió a Aquel que era la fuente de su vida de Amor Abundante.

En una ciudad interior habita un amigo *“que luchó contra nuestras almas con ganchos de acero”* en los preciosos lazos de parentesco que hay en Cristo Jesús. Por la gracia de Dios, ha sido maravillosamente salvado de una vida de infidelidad burlona, burlona y destructora de almas. Durante días y semanas a la vez, se dedicará a la ministración ocupada y amorosa de una profesión secular. Entonces, sin previo aviso, el Espíritu Santo de repente le impondrá la carga de las almas perdidas. Conducido por el Espíritu a la reclusión de su propia cámara, el amor de Dios por los perdidos inundará su ser de tal manera que por horas se acostará sobre su rostro sollozando sus peticiones rotas a Dios por su salvación.

Luego, yendo al país circundante con mensajes poderosos y convincentes, desde un corazón rebosante de la abundante vida amorosa de su Maestro, predica el evangelio de Cristo en los lugares necesitados. En los pocos años transcurridos desde su conversión, Dios le ha dado a este devoto servidor más de seiscientas almas como fruto de la vida del Amor Abundante. Amados, ¿estamos caminando en esta Abundante vida amorosa? ¿Conocemos su poder, alegría y plenitud? Si no, nos estamos quedando cortos ante el alto llamado de Aquel que vino para que podamos tener amor no exiguamente, sino tenerlo **ABUNDANTEMENTE**.

Nuevamente es una vida de...

ABUNDANTE PAZ.

"El fruto del Espíritu es la paz" (Gálatas 5:22.) "La paz de DIOS... mantendrá vuestros corazones y vuestras mentes" (Filipenses 4:7). "MI paz os dejo." Juan 14:27.)

Aquí se alza aquí la visión de una hermosa tarde de medio verano. Mientras descansamos en silencio, los postigos interiores de la ventana bajo la brisa de una brisa pasajera se abrieron de repente. Inmediatamente allí, ante nuestra mirada, había una bella imagen de un cielo azul sin nubes; colinas verdes que se extienden en la penumbra; y noble río sonriendo y sacudiendo sus brillantes olas en el amplio camino de la luz del sol. Un momento la visión se demoró y luego, bajo la ráfaga irregular de una brisa contraria, las persianas se cerraron de repente.

De inmediato, toda la gloria y belleza de la escena se desvaneció y permaneció oculta hasta que otra corriente de viento reveló nuevamente su belleza, solo para ser seguida nuevamente por su desaparición. Incluso así, pensamos, es la paz del corazón natural. Por un tiempo, cuando todo va bien y los planes prosperan, nuestros corazones están contentos y en paz. Pero deje que una ráfaga de fortuna adversa, un desconcierto de algún propósito favorito nos suceda, y de inmediato la paz se desvanece y el cuidado ansioso surge en su lugar.

De hecho, tenemos paz, pero su manifestación es inconsistente y voluble, llenándonos un día de descanso, dejándonos al siguiente en la oscuridad y la desesperanza. ¡Qué contraste con esto es la paz de la vida espiritual abundante! Porque hay una paz que "*sobrepasa todo entendimiento*" y, como bien se ha dicho, "*todo malentendido*", una paz que nos mantiene a nosotros, no a nosotros; una paz de la que se dice: "*Lo mantendrás en perfecta paz, cuya mente permanece en ti;*" una paz que, debido a que no nació de una calma exterior, sino de un Cristo interior, no puede ser perturbada por aguijón o tormenta. Es la paz de la plenitud del Espíritu.

El mar tiene una superficie que se agita, y se inquieta, hace espumas y espumas, se eleva, se tambalea y cae bajo cada viento que pasa que asalta su vida inestable. Pero también tiene profundidades que han permanecido en una paz inmóvil durante siglos, sin ser azotadas por el viento, sin ser sacudidas por una ola. Por lo tanto, hay para el corazón tímido profundidades de paz inmóviles cuyo descanso ininterrumpido solo puede representarse con esa maravillosa frase: "*la paz de Dios.*" ¡LA PAZ DE DIOS! Piénsalo por un momento. ¡Qué maravillosa debe ser la paz de DIOS! Con Él no hay fragilidad, no hay error, no hay pecado.

Con Él no hay pasado que lamentar, ni futuro que temer; sin errores, sin errores que temer; no hay planes para ser frustrado; sin fines de ser insatisfechos. Ninguna muerte puede vencer, ningún sufrimiento se debilita, ningún ideal no se cumple, no se alcanza la perfección. Pasado, presente o futuro; tiempo de fuga o eternidad sin fin; vida o muerte, esperanza o miedo, tormenta o calma: nada de esto, y nada más dentro de los límites del universo puede perturbar la paz de Aquel que se llama a sí mismo el DIOS DE LA PAZ. Y es esta paz la que poseemos. "*LA PAZ DE DIOS guardará TU corazón y mente.*" No una paz humana alcanzada por la lucha personal o la autodisciplina, sino la paz divina, la paz que Dios mismo tiene, sí. Es por eso, por lo que Jesús mismo dice: "*Mi paz te doy.*"

La paz humana, hecha por el hombre, que sube y baja con las vicisitudes de la vida, no tiene valor; pero la paz de CRISTO, ¡qué regalo es este! ¡Marque los alrededores cuando Cristo pronunció estas palabras, y cuán maravillosa parece esta paz! Fue justo antes de su muerte. Ante él está el beso del traidor; el silbido del flagelo; el cansado camino de muerte manchado de sangre; la ocultación del rostro de su Padre; la burla coronada de espinas y túnica púrpura de su realeza; y el terrible clímax de tortura de la cruz. Si alguna vez el alma de un hombre debería ser desgarrada por la agonía, cargada de horror, seguramente esta es la hora.

Pero en lugar de tristeza, miedo y estremecimiento de anticipación, escuche Sus maravillosas palabras, "*¡MI PAZ, te dejo!*" ¡Seguramente vale la pena tener una paz como esta! Seguramente una paz que no huye ante una visión tan horrible de traición, agonía y muerte es una paz ABUNDANTE; es uno de los

cuales bien puede decir: *“Lo dejo contigo; se quedará; es la paz de Dios que permanece para siempre. Hijos míos, contemplan mi hora de crisis, más oscura de lo que jamás llegará a ninguno de ustedes, pero mi paz permanece sin temblar. MI paz ha resistido la prueba suprema, por lo tanto, nunca puede fallar; Te lo paso a ti.”*

Hace algunos años, un amigo nos contó una experiencia de la inundación de Johnstown que nunca hemos olvidado. Su hogar estaba debajo de esa ciudad desafortunada, y cuando estalló la inundación, él y otros se apresuraron hacia el puente, con la cuerda en la mano, para rescatar, si es posible, a cualquier desafortunado que pudiera nacer río abajo.

Luego, mientras esperaba, su atención se vio atraída por el acercamiento de una casa medio sumergida que el torrente que se precipitaba rápidamente hacia él, y sobre el techo del cual vio la forma recostada de una mujer. Con el corazón emocionado por la simpatía y el sincero deseo de salvar su rescate, él se preparó rápidamente, y cuando la extraña nave se acercó al puente, lanzó la cuerda con impaciente expectación, pero no alcanzó la marca. Corriendo hacia el lado inferior del puente, mientras la casa barría bajo el arco, volvió a tirar la cuerda con prisa e intensidad febriles, pero nuevamente falló en su misericordioso propósito.

“Y luego”, dijo nuestro amigo, *“cuando la última esperanza de rescate se desvaneció con el segundo fracaso para alcanzarla, y la muerte se convirtió en su inevitable destino, el ocupante del techo, que había estado recostada en su empinada pendiente con la cabeza apoyada sobre su mano, se volvió, y una dulce cara de mujer levantó la vista hacia la mía.”* ¡Hasta el día de mi muerte nunca olvidaré la expresión de ese semblante levantado! En lugar del miedo, el horror y la agonía con los que esperaba verlo distorsionado estaba tranquilo y calmado, con una paz indescriptible, serena y permanente, y con un gesto amable de reconocimiento de mi pobre esfuerzo por salvarla, mientras ella arrastró a una muerte segura de que la Paz se encendió en una gloria que *“nunca se vio en tierra o mar”*, cuyo resplandor no se vio ensombrecido incluso por el horrible rugido y la lucha de los elementos que lo rodeaban. *“Ah, amigo”,* pensé, Cuando las lágrimas saltaron a mis ojos sin previo aviso bajo esta conmovedora historia, *“ella debe haber sido una hija del Señor; ella lo conocía; y esto que la mantuvo fue la Paz de Dios.”*

Entonces también es una vida de...

POTENCIA ABUNDANTE PARA EL SERVICIO.

“Recibiréis poder cuando el Espíritu Santo venga sobre vosotros”, dijo Cristo a sus discípulos. Y sus vidas inmediatamente se convirtieron en un registro incesante de obras poderosas realizadas en el poder del Espíritu. *“Esteban”,* se nos dice, *“lleno de fe y poder, hizo grandes maravillas y milagros entre la gente”* (Hechos 6:8). Charles G. Finney, al entrar en un molino, estaba tan lleno del poder del Espíritu que los operativos cayeron de rodillas ante la mera presencia del evangelista, antes de que él hubiera pronunciado una palabra.

En una reunión de campamento donde los sermones más eruditos y elocuentes habían fallado por completo en llevar a los hombres al arrepentimiento, toda la congregación se echó a llorar de convicción y penitencia bajo las palabras tranquilas de un hombre modesto que habló manifiestamente lleno del Espíritu. Una palabra, una oración, un sincero llamamiento, una canción que de otro modo no sería escuchada, regresa al corazón, llena de un sutil poder cuando surge de una vida llena del Espíritu. Moody testifica que nunca, hasta que supo la plenitud del Espíritu, supo la plenitud del poder de Dios en su predicación, pero después de eso, sus palabras predicadas nunca fallaron de algún fruto.

Tampoco el poder de la vida abundante se limita a la predicación de la palabra de Dios. Dios le da algo de poder en la oración; a otros poder en testimonio; a otros poder en la canción; a otros poder en sufrimiento y aflicción. Cada alma que conoce la vida abundante del Espíritu está tocando otras vidas con poder cuyo alcance e intensidad nunca conocerá hasta que el Señor venga a recompensar.

Tampoco la plenitud del Espíritu se limita al abundante amor, paz y poder. Es una vida también de abundante alegría; “*El gozo del Señor es nuestra fuerza*”, de abundante paciencia, ceñiéndonos de paciencia en pruebas que de otra manera nunca podríamos soportar; de abundante mansedumbre, como la propia mansedumbre de Cristo se apodera de nosotros; de abundante bondad, abundante fe, abundante mansedumbre, abundante autocontrol. Que no está destinado a apóstoles, ni a ministros, ni a misioneros, ni a maestros, sino a todos los hijos de Dios es claro, para: - “*La promesa es para ti, para tus hijos y para todos los que están lejos.*”

¿Cuál es el secreto?

EL SECRETO DE SU ENTRADA

¿CÓMO entonces se satisfarán nuestros anhelos de corazón por la plenitud del Espíritu? ¿Cómo sabremos su abundancia de amor, paz, alegría y poder para el servicio? ¿Cuál es el secreto de esta vida abundante, esta plenitud del Espíritu? Respondemos primero, negativamente, No es que no hayamos recibido el Espíritu Santo. Al ver la impotencia, la esterilidad, la falta de amor, alegría, paz y poder en muchas vidas cristianas, y sabiendo que estos son el fruto de la vida abundante del Espíritu, muchos saltan a la conclusión de que el Espíritu no ha sido recibido de lo contrario, ¿cómo explicar las débiles manifestaciones de su presencia y poder? Por lo tanto, lo primero que debemos ver claramente es que **CADA NIÑO DE DIOS HA RECIBIDO EL REGALO DEL ESPÍRITU SANTO.**

Es de la mayor importancia, en la búsqueda del secreto de la vida abundante, que este glorioso El creyente debe ver y aceptar claramente el hecho. Porque si no ha recibido el Espíritu Santo, entonces su actitud debería ser la de esperar, pedir y buscar el regalo que aún no es suyo. Pero si ha recibido el Espíritu Santo, entonces debe adoptar una actitud completamente diferente, es decir, no esperar y orar para que se reciba el Espíritu Santo, sino rendirse y entregarse a Aquel que ya ha sido recibido. En el primer caso estamos esperando que Dios haga algo; en el otro Dios nos espera para hacer algo.

Se verá de inmediato que si un hombre está ocupando cualquiera de estas actitudes cuando debería estar en la otra, entonces la confusión y el fracaso están destinados a resultar. Por ejemplo, las condiciones simples de salvación son el arrepentimiento de los pecados y la fe en el Señor Jesucristo. Ahora, mantener un alma verdaderamente penitente en la actitud de buscar u orar por el perdón, en lugar de la simple fe en la Palabra de Dios de que ha sido perdonado en Cristo, es un error ruinoso y conduce a la oscuridad y la agonía, en lugar de la luz y la agonía. alegría que Dios quiere que tenga. Por otro lado, tratar de lograr que un alma impenitente “*solo crea*”, en lugar de arrepentirse primero de sus pecados, lo mantendrá en la misma oscuridad y hará de su aceptación nominal de Cristo una mera profesión e hipocresía.

Exactamente así es con el caso en la mano. Si la ausencia de la vida abundante del Espíritu en nosotros se debe, como estamos convencidos, no se debe al hecho de que Él no ha entrado, sino que no nos hemos entregado a Aquel que ya está dentro, entonces es un error tremendo y fatal para mantener un alma esperando y buscando, en lugar de rendirse y ceder. Lo pone en cruz con Dios. Él sigue pidiendo a Dios que le dé el Espíritu Santo, que lo bautice con el Espíritu. Pero Dios ya ha hecho esto a todos los que están en Cristo, y lo está llamando a cumplir ciertas condiciones por las cuales puede conocer la abundancia del Espíritu, no el Espíritu que ha de venir, sino el Espíritu que ya está en él.

¿No hemos sabido que sus hijos esperarán, llorarán y agonizarán por el don del Espíritu Santo a través de largos, cansados días, meses e incluso años, por no conocer la verdad de Su Palabra sobre este punto? Porque es “*la verdad que nos hace libres*”, y si no la conocemos, no podemos ser libres. Que todos nosotros, que somos hijos de Dios, hemos “*recibido el Espíritu Santo*”, el “*don del Espíritu Santo*” (como Dios usa ese término) se enseña claramente en Su Palabra, porque...

1. Hemos cumplido las condiciones del don del Espíritu Santo. ¿Cuáles son estas condiciones? Primero esperaríamos que fueran muy simples y fáciles de comprender por los más ignorantes. Dios no hace, y no haría, el mayor regalo de su amor para nosotros, junto al de su Hijo, para depender de cualquier

condición que no sea la más simple y simple. A lo largo de los siglos, la gran promesa del Espíritu estuvo en la mente divina esperando su cumplimiento. No tendría un solo hijo suyo para perder el camino. Lo ha convertido en una gran carretera, y ha creado diapasones tan claros e inequívocos que solo las opiniones, las doctrinas, las teorías, las teologías y el oscurecimiento de los consejos humanos preconcebidos podrían hacernos perderlo tan gravemente como lo hemos hecho.

Además, cuando nos hemos esforzado por dejar de lado nuestras propias opiniones y prejuicios, y buscar solo la luz de Su Palabra, hemos complicado la cuestión al limitarnos casi por completo a la experiencia de los apóstoles en el día de Pentecostés. Al aceptar esto como el "*patrón en el monte*" para nosotros, nosotros, consciente o inconscientemente, consideramos que las mismas condiciones son necesarias. Aquí mismo, tenga en cuenta que en nuestra búsqueda de las condiciones del don del Espíritu Santo nos hemos limitado demasiado a la experiencia apostólica en lugar de la enseñanza apostólica, en Pentecostés. Ahora la experiencia de conversión de un hombre puede ser más maravillosa e impresionante en sus acompañamientos.

Pero muchos hombres que han tenido una experiencia genuina y gloriosa de conversión fracasan por completo cuando intentan guiar a otros a Cristo. ¿Por qué? Porque imparte en sus instrucciones a los buscadores ansiosos condiciones de su propia experiencia que no son condiciones escriturales esenciales para otros. Igualmente desastrosa ha sido esta práctica en la enseñanza acerca de las gloriosas verdades del Espíritu, y también la de hombres que han tenido experiencias genuinas y sorprendentes de su plenitud de bendición. Nos enseñan a orar sin dejar de esperar no solo diez días sino diez años si es necesario; para "*esperar la promesa del Consolador*", para buscar una experiencia maravillosa, etc. ¡Cuántas almas ansiosas se han sumergido en una desesperada confusión y oscuridad espiritual! El problema es el mismo. Se esfuerzan por guiarnos únicamente por la experiencia apostólica en lugar de la enseñanza apostólica.

Pero el primero es mucho más difícil de analizar que el segundo, y puede decirse que es bastante anormal para nosotros en estos aspectos importantes, que los apóstoles vivieron antes de que Cristo viniera, mientras caminaba por la tierra y después de que la dejó. Así tuvieron una experiencia del Espíritu Santo como creyentes del Antiguo Testamento; otro cuando el Cristo resucitado sopló sobre ellos y dijo "*recibid el Espíritu Santo;*" otro cuando el Cristo ascendido derramó el Espíritu Santo sobre ellos, en Pentecostés. Pero esto no es cierto para nosotros.

Por lo tanto, en nuestra opinión, la pregunta importante no es tanto cómo los apóstoles, que vivieron las dispensaciones, hablando libremente, de Padre, Hijo y Espíritu Santo, recibieron el Espíritu Santo, sino cómo los hombres que vivieron en este último, COMO NOSOTROS DO, lo recibió. La experiencia que coincide con la nuestra no es tanto la de los apóstoles, que también habían creído en Jesús antes del don del Espíritu Santo, como la de los conversos de los apóstoles que creyeron en Él exactamente como nosotros, después de que la obra de Cristo se terminó, y después de que se dio el Espíritu Santo.

Por lo tanto, preguntemos ahora no tanto qué experimentaron los apóstoles sino qué enseñaron. No solo cómo recibieron el Espíritu Santo, sino cómo instruyeron a otros a recibirlo. Y aquí, como siempre, encontramos que la Palabra de Dios es maravillosamente simple, si dejamos de lado nuestros propios prejuicios y escuchamos solo lo que dice. Porque en ese mismo día pentecostal la enseñanza apostólica fue tan clara como la experiencia apostólica fue maravillosa.

Si alguna vez hubo un momento en que la presencia de Dios llenó un cuerpo humano, se quemó en un corazón humano e inspiró a los labios humanos con una precisión sin error de enseñanza, seguramente fue cuando Pedro predicó su gran sermón el día de Pentecostés. Todo en llamas estaba con la poderosa unción de poder, y fue el Dios de la verdad mismo quien habló a través de él y respondió al grito suplicante de la multitud "*¿Qué haremos?*" Por su propia palabra divina de dirección y enseñanza. ¿Y qué dice? "*Entonces Pedro les dijo: Arrepentíos y bautícense cada uno de ustedes en el nombre de Jesucristo para la remisión de los pecados, y recibirán el don del Espíritu Santo*" ([Hechos 2:38](#)).

Es evidente en muchos pasajes de la Palabra que el bautismo fue aquí una ordenanza administrada sobre la fe en Cristo como portador del pecado, y por eso Dios aquí enseñó a través de Pedro esta gran verdad que: - Las dos grandes condiciones para recibir el Espíritu Santo son: ARREPENTIMIENTO y FE EN CRISTO POR LA REMISIÓN DE PECADOS. No se requieren otras condiciones. Arrepiéntete de tus pecados, cree en el Señor Jesucristo para la remisión de tus pecados (al ser bautizado) y recibirás el don del Espíritu Santo. Dos cosas que debemos hacer, y luego una cosa que Dios hace. Si haces estas dos cosas, recibirás, dice Dios.

La promesa es absoluta. Seguramente el hombre no tiene derecho a poner ningún otro requisito entre “Arrepiéntete y cree,” y “Recibirás,” ya que Dios mismo no pone ninguno. Si alguna alma se arrepiente honestamente y cree en el Señor Jesucristo para la remisión de sus pecados, entonces los cielos caerían antes de que Dios dejara de cumplir Su promesa: “Recibiréis.”

Por lo tanto, la única pregunta que el hijo de Dios, en duda de si ha recibido el don del Espíritu Santo, necesita preguntarse es: ¿Me he alejado de mis pecados con un corazón honesto, y estoy confiando, no en mis pobres obras, pero en Jesucristo como mi portador de pecado y mi Salvador. Entonces Dios me ha dado el Espíritu Santo, y la paz que encuentro en mi Corazón nace solo de ese Espíritu a quien “*si alguno no lo tiene, no es suyo.*” Si nunca nos hemos arrepentido honestamente, o simplemente nunca hemos creído en Jesucristo, entonces no hemos recibido el Espíritu. Pero si hemos cumplido estas dos condiciones simples, un hecho fácilmente conocido por nosotros mismos, entonces Dios debe habernos dado su gran regalo. Aunque no nos deja descansar solos sobre la lógica, incluso tan buena como esta, sino que la respalda con la próxima gran prueba de que lo hemos recibido, a saber,

2. Por el testimonio del Espíritu mismo; por nuestra propia experiencia de Su entrada, cuando cumplimos estas condiciones. “*Por lo tanto, justificados por la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo.*” No muchos de nosotros recordamos el día, la hora y el lugar, cuando nos arrepentimos y creímos en Jesucristo, nuestros corazones se llenaron de paz y gozo maravillosos. ¿en esto? O incluso si a otros nos viniera menos definitivamente en cuanto al tiempo y el lugar, sin embargo, fue la experiencia de la paz que llegó a nuestro corazón, para reemplazar la angustia y la inquietud que había morado allí durante años, menos definitiva o maravillosa. porque nos había robado poco a poco y en silencio? El Espíritu dio testimonio con nuestro espíritu.

Ningún poder en existencia podría traer la paz que tenemos con respecto a los pecados pasados, salvo el Espíritu Santo. Solo Jesús es nuestra paz con respecto al pasado, y solo el Espíritu Santo podría comunicar a nuestros corazones la experiencia de esa paz. El hecho de que esté aquí es una prueba absoluta de la presencia del Espíritu. Que nadie nos robe este testimonio consciente de su llegada. Sabemos que Él está en nosotros porque nadie más que Él podría obrar en nosotros un fruto como aquel del que somos conscientes. Nos arrepentimos; nosotros creímos; y Él entró para “*permanecer con nosotros para siempre.*” Que nuestros corazones descansen.

Tampoco importa mucho que esto no sea lo que queremos decir con “*el don del Espíritu Santo.*” Es lo que Dios dice. Y cuanto antes usemos los términos de Dios, aceptemos las declaraciones de Dios y obedezcamos los mandamientos de Dios, antes la oscuridad que envuelve esta gran verdad huirá y dejará entrar en nuestras almas el claro resplandor del día.

3. Es la afirmación constante de la Palabra de Dios acerca de los creyentes. Observe cuán enfático es esto. “*No sepáis que SOMOS el templo de Dios y el Espíritu de Dios mora en ti*” (1 Corintios 3:16). No es que seremos más allá, sino que ahora los creyentes somos el templo de Dios, y que el Espíritu mora ahora (tiempo presente) en nosotros. De nuevo (marque el tiempo) “*¡Qué! No sepan que su cuerpo es el templo del Espíritu Santo que ESTÁ en USTEDES, que TIENEN de Dios*” (1 Corintios 6:19). Nuevamente, “*porque vosotros sois el templo del Dios viviente*” (2 Corintios 6:16). También (2 Corintios 13:5).

“Pruébate a ti mismo si estás en la fe; Demuestra tu propia identidad. ¿O no sabéis en cuanto a vosotros mismos que Jesucristo está en ustedes? A menos que, en verdad, seas reprobado.” Cuán claro es este último pasaje sobre los puntos nombrados. Tenga en cuenta la simple condición de nuevo: *“Pruébate a ti mismo si estás en la fe.”* Es decir, *“¿son creyentes?”* ¿Estás simplemente confiando en el Señor Jesucristo para la salvación? Si es así, no sepas en cuanto a ti mismo que Jesucristo está en ti. A menos que, de hecho, cuando se examine a sí mismo, descubra que es *“reprobado,”* es decir, *“que no resiste la prueba,”* que no confía en Cristo, sino en otra cosa. ¡Qué simple es todo esto y qué armonioso con la verdad tal como lo predicó Pedro! Él dice *“arrepíentete y cree en Jesucristo.”* Y Pablo les dice a aquellos que se han arrepentido y que ahora son creyentes: *“¿No saben que las únicas preguntas que tienen que hacerse es: ‘¿Confío en Cristo?’ Jesús habita en ti, en el Espíritu Santo.”* Amados, a pesar de que nunca habíamos tenido una sola experiencia emocional de la presencia interna del Espíritu Santo, sin embargo, seríamos valientes, por no decir nada peor, para negar el glorioso hecho de Su morando ante las constantes y explícitas afirmaciones de Dios de que SOMOS su templo, que Él mora en nosotros y que AHORA TENEMOS este gran don del Espíritu de parte de Dios.

4. Cristo y los apóstoles siempre dan por sentada esta verdad al dirigirse a los creyentes. Note la exclamación de sorpresa de Paul de que por un momento deberían perder de vista esta verdad fundamental. ¡Qué! *“¿No sabéis?”* (1 Corintios 6:19). ¿Eres ignorante u olvidadizo de esta gran y gloriosa verdad que el Espíritu Santo habita en ti? (1 Corintios 3:16). ¿Te vuelves dudoso de su presencia porque no estás teniendo una experiencia tan maravillosa como esperas? ¿Olvidas que su morada no depende de tus emociones, sino de tu unión con Cristo que Dios ha logrado hace mucho tiempo a través de tu fe en Él? (1 Corintios 1:30). Y luego otra vez (Hechos 19:2). Él no les dice *“¿Han recibido el Espíritu Santo desde que creyeron?”* Como en la versión autorizada, sino *“¿Recibieron el Espíritu Santo cuando creyeron?”* Mostrando que esperaba que todos los hijos de Dios recibieran el regalo en El tiempo del arrepentimiento y la creencia en Cristo.

Así también, note la actitud de Cristo hacia la misma verdad en su uso constante de la palabra *“Permanezca.”* *“Permanezca en mí y yo en usted.”* *“Si permanecen en mí.”* *“Y ahora, hijitos, permanezcan en Él.”* (1 Juan 2:28). ¿Cuál es la verdad aquí? Claramente esto: la palabra *“permanecer”* significa quedarse, permanecer en un lugar en el que ya estás. Por lo tanto, cuando solicita que una compañía de personas cumpla, se quede en una habitación, entendemos de inmediato que las personas a quienes se dirige ya están allí. Cuando Pablo dijo *“excepto que estos permanecen en el barco, no pueden ser salvados,”* sabemos que ya estaban en el barco.

Ahora la palabra de Cristo al pecador es: *“Ven,”* porque él está fuera de Cristo. Pero su palabra para el creyente es: *“Permanece, quédate,”* porque él ya está y para siempre en Cristo. Pero ningún hombre puede estar en Cristo y no haber recibido el Espíritu Santo. Es imposible. Porque Él es el dador del Espíritu. En Él está la vida y en el instante en que estamos unidos a Él por la fe debemos recibir el Espíritu. El cable ya no puede unirse a la dinamo y no recibir el fluido eléctrico; la rama ya no puede unirse a la vid y no recibir la emoción de la vida, como tampoco podemos unimos a Cristo por fe y no recibir su gran regalo de resurrección. *“Yo soy la vid, ustedes son las ramas.”*

EL SECRETO DE SU ENTRADA

(Continuado)

Pero alguien ahora dice: *“Creo que es el Espíritu Santo quien me ha regenerado, y que no podría nacer de nuevo excepto por Su agencia.”* Pero no creo que esto sea lo que Dios quiere decir al recibir el don del Espíritu Santo. ¿No hay una segunda experiencia para el creyente en la cual, después de su conversión, recibe el Espíritu Santo para el servicio con gran poder y abundancia, como nunca había conocido? ¿No les dijo Pablo a los conversos de Éfeso: *“¿Habéis recibido el Espíritu Santo desde que creíste?”* (Hechos 19:2); ¿Y esto no prueba claramente que uno puede ser cristiano y, sin embargo, necesita recibir el Espíritu Santo después?

A esto decimos sí y no. Hay una plenitud del Espíritu Santo que no llega a la mayoría de los cristianos en la conversión y, por lo tanto, es, en el momento, una segunda experiencia. Pero este no es el don del Espíritu Santo, ni la recepción del Espíritu Santo, ni el bautismo del Espíritu Santo como lo enseña la Palabra de Dios. El Espíritu Santo se recibe de una vez y para siempre en la conversión. Él es una persona. Él entra en ellos una vez y para siempre, y para quedarse. Recibimos entonces, aunque no podemos ceder ante él, para el servicio, así como para la regeneración. La mayor experiencia de su presencia y poder que sigue a la conversión, tarde o temprano, no es el don del Espíritu Santo, la recepción del Espíritu Santo, o el bautismo del Espíritu Santo como Dios usa esos términos, sino una plenitud, en respuesta a la consagración, de ese Espíritu Santo que ya ha sido dado en la regeneración.

En Pentecostés, el Espíritu Santo descendió para formar la iglesia, el cuerpo místico de Cristo. En ese gran día Cristo bautizó la iglesia con el Espíritu Santo. Por lo tanto, a medida que cada uno de nosotros por fe se convierte en miembro de ese cuerpo, somos bautizados con el mismo Espíritu que habita en ese cuerpo; Recibimos el don del Espíritu Santo. No podemos comprender demasiado claramente esto.

Porque nuestro corazón natural engañoso es demasiado rápido para refugiarse en la oración y esperar para recibir, y así esquivar el verdadero problema que es una rendición absoluta a Aquel que ha sido recibido. Tan sutil es la carne que se alegra, al esperar la petición, de echarle a Dios la carga de dar, si de ese modo puede evadir el verdadero problema que Dios nos ha puesto de entregar completamente a Aquel que ya ha sido dado.

Se corresponde exactamente con el caso del pecador que está mucho más dispuesto a orar y esperar en Dios por una bendición que a la rendición que traerá la bendición. Pero ¿qué hay de los conversos efesios a quienes se les enseñó que deben recibir el Espíritu Santo después de haber creído? ¿No prueba esto que muchos, aunque cristianos, no han recibido el Espíritu Santo, y que este es el secreto de su falta de poder y victoria?

Ahora, si examinamos esta instancia a la luz de la propia Palabra de Dios y con una mente imparcial, veremos que este pasaje tan citado ([Hechos 19:2](#)) no solo no respalda la opinión de que se trataba de recibir el regalo del Espíritu Santo por los creyentes después de la regeneración, y demostrando así nuestra necesidad de lo mismo, pero que es una de las pruebas más fuertes en la Palabra de Dios de que los apóstoles esperaban que los hombres recibieran el Espíritu Santo en la conversión. En otras palabras, la enseñanza de Pablo corresponde exactamente con Pedro sobre este gran tema.

Recordaremos del capítulo anterior que las condiciones simples, según lo establecido por Pedro, para recibir el don del Espíritu Santo fueron: arrepentimiento y fe en el Señor Jesucristo para la remisión de los pecados. Estos dos solos eran necesarios. Pero marque esto, que ambos eran esenciales. Uno no fue suficiente. Los hombres deben arrepentirse y creer. Para un hombre simplemente arrepentirse de sus pecados, sin fe en Jesucristo para la remisión de los pecados, no traería el don del Espíritu Santo, para uno de faltarían las condiciones esenciales.

Así también, para un hombre que intenta creer en el Señor Jesucristo sin arrepentirse de sus pecados, no podría, y no podría, traer el don del Espíritu Santo, por la misma razón; - la ausencia, en este caso de la necesaria condición de arrepentimiento. No necesitamos hacer nada más de lo que Dios requiere, pero no nos atrevemos a hacer nada menos. La experiencia de cada trabajador cristiano lo confirma. Cuán a menudo nos encontramos con buscadores después de la salvación que no pueden encontrar la paz testigo del Espíritu Santo porque hay algún pecado secreto sin repartir, algún fracaso específico en el arrepentimiento.

O, de nuevo, alguien verdaderamente penitente no logra encontrar la paz porque no creará simplemente en la obra expiatoria de Jesucristo para la remisión de sus pecados. La evidencia de multitudes de tales casos confirma entonces esta gran verdad de la Palabra de Dios: que hay dos condiciones esenciales para recibir el don del Espíritu Santo, a saber, el arrepentimiento y la fe; y que la única razón por la que alguien no lo recibe es porque no se ha arrepentido o no cree en Jesucristo para la remisión de sus pecados.

Con esta verdad ahora en mente, considere [Hechos 19:1-6](#). Pablo llega a Éfeso y, al encontrar ciertos discípulos, les dice, no como hemos visto, “¿Habéis recibido el Espíritu Santo desde que creíste?” (Versión autorizada en inglés), sino “¿Recibiste el Espíritu Santo cuando creíste?” (Revisado versión en inglés); mostrando así que Pablo esperaba que lo recibieran cuando se apartaran de sus pecados. Cuando responden negativamente, Paul comienza de inmediato a buscar la causa, y lo hace exactamente de acuerdo con las condiciones establecidas por Peter, como ya se citó. “¿En qué, pues, fuisteis bautizados?”, Dijo Pablo; y dijeron: “En el bautismo de Juan.” “Oh, ya veo”, dice Pablo en efecto, “pero ¿no sabes que Juan bautizó solo para ARREPENTIMIENTO? Ahora el arrepentimiento no es suficiente para traer el don del Espíritu Santo; también debes CREER en Jesucristo.”

Y cuando oyeron esto, creyeron en Jesucristo y, bautizados en Su nombre, recibieron el Espíritu Santo. No eran creyentes en absoluto como nosotros somos creyentes. Eran prácticamente creyentes bajo el antiguo pacto, no bajo el nuevo. Solo pueden clasificarse con los conversos de Juan, que no recibieron ni pudieron recibir el don del Espíritu, en la medida en que cumplieron una sola condición, la del arrepentimiento. Lejos de ser creyentes como somos, y de ser citados para demostrar que los creyentes deben recibir el Espíritu Santo como una segunda experiencia después de la conversión, estos hombres, según se nos dice claramente, no habían creído en Jesucristo hasta el momento.

Pablo simplemente suministró la condición faltante de salvación bajo el Nuevo Testamento: la fe en Cristo, que debería haberles enseñado cuando se arrepintieron. Se pararon en el lugar donde se encuentra un penitente hoy en día que se ha arrepentido honestamente de sus pecados, pero que no ha recibido instrucciones de creer en Jesucristo para la remisión de sus pecados. Esto no logró traer el don del Espíritu Santo tal como lo haría ahora. Entonces, también, el contexto bíblico, que nos dice exactamente cómo sucedió esto, nos parece para siempre resolver este pasaje discutido. Si volvemos al capítulo anterior, encontramos una explicación que hace que todo el episodio sea tan claro como la luz del sol.

En el versículo 24 se nos dice: “cierto judío llamado Apolos... vino a Éfeso... ferviente en el Espíritu, habló y enseñó diligentemente las cosas del Señor, conociendo solo el bautismo de Juan”, es decir, solo el bautismo de ARREPENTIMIENTO (cap. 19:4). Aunque era poderoso en las Escrituras del Antiguo Testamento, evidentemente no conocía el plan completo de salvación de Dios, y por lo tanto, Aquila y Priscila, cuando lo escucharon, “lo tomaron para sí y le explicaron el camino de Dios más perfectamente.” “(v. 26) sin duda enseñando fe en Cristo para la remisión de los pecados. Apolos ahora va a Corinto, y Pablo, llegando a Éfeso, encuentra a los discípulos mal instruidos de Apolos, una docena de hombres que no habían recibido el Espíritu Santo. ¿Por qué? Simplemente porque no habían creído en Jesucristo.”

Es cierto que eran creyentes en el sentido de que los discípulos de Juan eran creyentes, que tenían “arrepentimiento hacia Dios”, pero no tenían “fe hacia nuestro Señor Jesucristo.” Por lo tanto, Pablo simplemente proporciona la condición faltante de la conversión del Nuevo Testamento, y reciben el Espíritu Santo, no como una segunda experiencia de creyentes de pleno derecho, sino como la primera experiencia de aquellos que no habían creído en Cristo en absoluto como nosotros creemos en Él. En lugar de probar que el hombre cristiano no recibe el don del Espíritu Santo en la conversión, pero como segundo endoso, este pasaje es una de las pruebas más sólidas en la Palabra de Dios de que los apóstoles esperaban que los hombres recibieran el Espíritu Santo en la conversión y, si no se recibieron, simplemente procedieron a mostrar que alguna de las dos condiciones simples de la salvación del nuevo pacto había sido descuidada en el momento del profeso discipulado.

Nuevamente, tome el caso de los samaritanos registrados en [Hechos 8:5-25](#). “Aquí”, se dice, “se nos dice claramente que creyeron a Felipe cuando predicó a Cristo, y que fueron bautizados” (v. 12.) ¿Por qué entonces no se recibió el Espíritu Santo? Se sugiere que puede que no haya habido un arrepentimiento honesto. Para Simón el hechicero, que había profesado creer y haber sido bautizado, Pedro declaró: “Tu corazón no está bien con Dios.” Otra explicación, y probablemente más razonable, es que Dios deseaba mostrar su condena de la enemistad entre judíos y samaritanos usando no Felipe

sino dos apóstoles judíos, Pedro y Juan, como los instrumentos humanos a través de los cuales el Espíritu derramado vino a los samaritanos.

Un examen cuidadoso de estos dos pasajes principales citados para demostrar que el don del Espíritu Santo viene como una experiencia posterior en la vida del creyente, mostrará, creemos, que no tienen aplicación para nosotros como creyentes, sino que solo prueban que los buscadores después Cristo debe arrepentirse y creer para recibir el don del Espíritu Santo.

De esto se deduce también que cada hijo de Dios también ha sido bautizado con el Espíritu Santo. La recepción del Espíritu Santo y el bautismo del Espíritu Santo lo concebimos como absolutamente sinónimos, ya que Dios usa estos términos. Juan bautizó con agua diciéndoles a sus discípulos que creyeran en Él que vendría después, y que luego los bautizaría con el Espíritu Santo. Esta sería la característica distintiva que marcaría el bautismo del Cristo resucitado.

Cuando los hombres se volvieron a Dios bajo la predicación de Juan, los bautizó con agua. Pero cuando se vuelven a Él en esta era del evangelio, Jesucristo los bautiza con el Espíritu Santo. No hay una sola instancia que recordemos donde el "bautismo" con el Espíritu Santo se convierte en una experiencia posterior del creyente. Los apóstoles fueron una y otra vez "llenos", con nueva unción, por así decirlo, del Espíritu, pero nunca más fueron bautizados. Tampoco se dice que los conversos que han recibido el Espíritu en regeneración se bauticen con él. El motivo es claro. El bautismo fue claramente un rito inicial. Fue administrado a la entrada en el reino de Dios.

Ambos bautismos se encuentran, en relación con el tiempo, en el mismo lugar, ya sea el de Juan con agua o el de Cristo con el Espíritu Santo, es decir, en el umbral de la vida cristiana, no en ningún hito posterior. Por lo tanto, cuando se insta ahora el bautismo del Espíritu a los creyentes, todos podemos estar de acuerdo con el pensamiento detrás de él, a saber, el de una plenitud del Espíritu aún no conocida o poseída, porque tal plenitud es nuestro derecho de nacimiento. Sin embargo, la expresión en sí no es feliz, ya que, según nuestro conocimiento, nunca es tan utilizada en las Escrituras y, por lo tanto, engaña a los hombres al atribuir a cierta frase un significado diferente del que Dios mismo le da.

Dos oradores que usan una palabra a la que cada uno le dio un significado diferente pronto aterrizarían en una desesperada confusión. Así ha sido con este gran tema, y se aclararía maravillosamente si no solo estudiáramos la verdad de Dios sobre él, sino que adoptemos Sus frases al describirlo usando "el don", "el recibir", "el bautismo" del Espíritu Santo exactamente como Él mismo lo hace en su propia Palabra inspirada.

De hecho, la recepción del Espíritu Santo depende de un conjunto de condiciones, y la plenitud del Espíritu Santo sobre otro. Debido a que no tenemos Su plenitud, saltamos a la conclusión de que no lo hemos recibido. La verdad es que debemos aceptar para siempre el hecho de haberlo recibido y seguir adelante para conocer el secreto de su plenitud. Amado, deja que tu corazón ya no salga en petición para recibir el don del Espíritu Santo, sino que se llene de alabanzas de que lo has recibido y de que Él mora en ti.

Lea una y otra vez las declaraciones positivas de Dios al respecto. Pesarlos con cuidado. Recuerda tu propia experiencia de alegría y paz cuando el Espíritu Santo entró. Observe la declaración constante en las epístolas de que el creyente es el santuario, el "lugar santo" donde mora el Espíritu. Entonces recuerde que el que está con Dios, está en terreno seguro. No dejes que nadie agite tu confianza en este punto. Si alguno quisiera, entonces repita una y otra vez Su palabra, "Vosotros sois el templo del Espíritu Santo, que está en vosotros, que tenéis de Dios", hasta que te establezcas para siempre en esta gloriosa verdad.

Entonces, si a pesar de haberlo recibido, eres dolorosamente consciente de la impotencia, la alegría y la inutilidad en tu vida, debes saber que hay una falla del Espíritu que está en ti; una vida de paz, poder, alegría y amor abundantes; una vida de libertad; una vida de victoria sobre uno mismo y el pecado; que esta vida es para cada hijo de Dios que aprenderá y luego cumplirá sus condiciones; que, por lo tanto, es

para ti. Luego, conociendo el secreto de su llegada, el glorioso hecho de que ahora está en ti, esperando pacientemente a que actúes, sigue adelante para conocer el secreto de su plenitud.

Para recapitular, creemos que la Palabra de Dios enseña:

- Que cada creyente ha recibido el Espíritu Santo, el don del Espíritu Santo, el bautismo del Espíritu Santo.
- Que el simple secreto de Su entrante es - Arrepentimiento y Fe.
- Que hay una plenitud del Espíritu Santo, mayor que la que generalmente se recibe en la conversión.
- Que hay ciertas condiciones de esta plenitud, diferentes de las condiciones en que se recibe el Espíritu Santo (es decir, uno puede recibir el Espíritu Santo, pero no conocer Su plenitud); Finalmente:
- Que el secreto de su plenitud es: ¿qué?

II. El secreto de su plenitud.

RENDIENDO A CRISTO

Ríndete a Dios. [Romanos 6:13](#).

Presenta tus cuerpos a Dios. [Romanos 12:1](#).

Pablo, un esclavo de Jesucristo. [Romanos 1:1](#).

El secreto de su plenitud

De acuerdo, entonces que hemos recibido el don del Espíritu Santo; que hemos sido bautizados con él; que ha venido a nuestras vidas para permanecer para siempre; ¿Cuál es entonces el secreto de su plenitud, de su vida abundante de paz, poder y amor? Nosotros contestamos:

EL ENTREGADO ABSOLUTO, NO CALIFICADO DE NUESTRA VIDA A DIOS, PARA HACER SU, EN LUGAR DE NUESTRO PROPIO. Así, 1. Cuando ENTREGAMOS NUESTROS PECADOS y creemos, RECIBIMOS el Espíritu Santo; cuando ENTREGAMOS NUESTRAS VIDAS y creemos, estamos LLENOS del Espíritu Santo. 2. RECIBIR el Espíritu es la respuesta de Dios al arrepentimiento y la fe; La plenitud del Espíritu es la respuesta de Dios a la ENTREGA y la fe. 3. En la CONVERSIÓN el Espíritu entra; en ENTREGA el Espíritu, YA ENTRADO, toma POSESIÓN COMPLETA. La suprema condición humana de la plenitud del Espíritu es una vida que se ENTREGA TOTALMENTE A DIOS para que haga su voluntad.

Esto es verdad:

1. EN MOTIVO.

A nuestro juicio, todas las nubes que han estado obstaculizando el claro resplandor de esta gran verdad en nuestra alma, se desvanecerán ante él, quien meditará cuidadosamente la gran verdad bíblica y experimental de: **LA DOS NATURALEZA DEL CREYENTE**. Note primero la situación del pecador. Él tiene una sola naturaleza: “*el viejo hombre*.” Se lo declara absolutamente muerto en delitos y pecados. Él tiene la vida propia, pero no la vida de Dios dentro de él. Él camina en la carne, y solo en eso. El Espíritu puede y lucha por él, pero no en él, porque solo “*el que es de Cristo*” tiene ese Espíritu. Pero ahora viene un cambio maravilloso. Se arrepiente y cree en el Señor Jesucristo. ¿Lo que pasa? Nació de nuevo, nació de lo alto, nació de Dios, nació del Espíritu. ¿Y qué significan estas frases? Simplemente que una vida nueva, una vida divina, la vida de Dios ha entrado en él. Dios mismo, en la persona del Espíritu Santo, ha venido a morar en él; Él ha recibido el Espíritu Santo.

Ahora tiene lo que el pecador no tiene: una nueva naturaleza. Pero cuando la nueva vida, el Espíritu entró, ¿salió la vieja vida, el “*viejo hombre*?” ¡Ay, no él! Si tuviera, entonces, RECIBIR al Espíritu sería de una vez y para siempre SER LLENO DE ÉL, porque ÉL tendría la posesión COMPLETA. Pero este no es el caso. La vieja vida no se apaga cuando entra lo nuevo; sobre esta palabra de Dios y nuestra propia experiencia son dolorosamente claras. Pero ahora, como creyente, tiene, por así decirlo, una

naturaleza dual. En él están “*la carne*” y “*el Espíritu*”: la vida vieja y la nueva. Estos dos coexisten. Ambos habitan en él. Pero como enemigos mortales, luchan por el dominio de su vida. “*La carne codicia contra el Espíritu, y el Espíritu contra la carne.*” Porque cada uno quiere no solo estar en él sino tener plena posesión. Cada uno desea llenarlo. El problema ha cambiado. Ya no es cómo recibirá el Espíritu. Eso está resuelto; Él lo ha recibido.

Pero lo encuentra un copropietario con la carne. Por lo tanto, la pregunta ahora es, teniendo dos naturalezas dentro de él, ¿cómo se llenará con una de ellas? ¿Cómo conocerá la plenitud y la vida abundante del Espíritu, y será liberado de la vida y el poder de la carne? La respuesta parece clara. ¿De qué otra manera podría ser llenado, salvo RINDARSE MISMO a aquel que lo habría llenado? Él tiene el poder de elección; él puede rendirse a cualquiera de los dos. ¿No está claro que sea cual sea la vida a la que se rinda, eso lo llenará? Cuando una vez se entregó a sí mismo como un sirviente de la carne (Romanos 6:19) ¿no estaba “*lleno de toda injusticia?*” (Romanos 1:29) Aun así, ahora solo en proporción mientras se entrega al Espíritu (Romanos 6:19) ¿no será lleno de ese Espíritu? Es como si el dulce aire fresco de la primavera entrara en una casa de diez habitaciones llena de malos olores.

Abres una cámara, pero dejas el resto cerrado y en posesión de la vieja y fétida atmósfera. Verdaderamente ha entrado el aire puro, pero ¿cómo puede llenar la casa hasta que la cedas completamente, abriendo cada rincón y grieta a su aliento fragante? O es como si una fuente fuera alimentada por dos fuertes manantiales que brotan del suelo, uno de agua y el otro de petróleo. No hay duda de que la fuente ha recibido agua, ya que está entrando constantemente. Sin embargo, ¿cómo puede llenarse con agua, ya que se rinde por completo a su corriente vital y se niega a ceder al petróleo? Aun así es con el Espíritu Santo. Es cierto que ha entrado en el corazón de cada creyente, y permanece allí, y permanecerá para siempre.

Sin embargo, cada creyente que convive en la carne y el Espíritu puede continuar cediendo a la carne para frustrar, ahogar y obstruir toda manifestación de la plenitud del Espíritu que está dentro de él. Este hecho de que, incluso después de haber recibido el Espíritu, puede haber una maestría del Ser en nuestras vidas por no ceder ante el Espíritu, es una explicación completa y suficiente de toda la falta de plenitud del Espíritu. El que conoce el terrible poder de esa vida en sí mismo; su enemistad con Dios; su carnalidad su aflicción y apagamiento del Espíritu; su muerte mortal de todos los frutos benditos del Espíritu; sus resistencias feroces y desesperadas de sus esfuerzos por entrar en la vida plena del Espíritu, no necesitan otra explicación del fracaso de la plenitud del Espíritu que la plenitud del Ser.

El problema no es un Espíritu no ingresado, sino un espíritu que no se rinde y, por lo tanto, no tiene la oportunidad de manifestar la plenitud que Él desea. El remedio es claro, lógico, ineludible; una negativa a ceder la vida al dominio de uno mismo y una rendición al Espíritu, para que “*la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús nos libere de la ley del pecado y la muerte.*”

Es cierto de nuevo:

2. EN REVELACIÓN.

La Palabra de Dios es clara al respecto. Pablo, una y otra vez, se llama a sí mismo el “esclavo de los lazos” de Cristo, cedido a Él por completo para hacer su voluntad, no la suya. “*Les suplico, hermanos, por la misericordia de Dios, que presenten a sus cuerpos un sacrificio vivo ... a Dios*” (Romanos 12:1). Escuchen a Pablo exhortando a los creyentes: “*RENDIMOS a DIOS.*” RENDIMIENTO.. al pecado. “*A QUIÉN TE RENDIMOS sirvientes SUS siervos que sois.*” (Romanos 6:16.) Como HABÍAS RENDIDO... sirvientes a la iniquidad, aun así RENDIMIENTO... sirvientes a la justicia a la santidad. (V. 19.) “*Pero ahora siendo liberado (griego) del pecado (el acto de Dios en Cristo) y convirtiéndose en siervos de Dios (tu acto de rendición, necesario para hacerte dar cuenta de esa libertad que está en Cristo), tienes tu fruto para la santidad* (V. 22); *es decir, ustedes conocen el poder, la bendición, la plenitud y el fruto del Espíritu Santo a quien ahora se han rendido.*”

Note tanto la impresionante repetición como la posición significativa (**Romanos 6**) de su exhortación a entregarnos a Dios. Sigue el quinto capítulo de Romanos. Es decir, tan pronto como el creyente, justificado por la fe, ha recibido el Espíritu Santo (v. 5) se le insta a rendirse a Dios, total y absolutamente. ¿Por qué? Porque Pablo conoce la doble naturaleza del creyente; sabe que con lo que sea que esté lleno, a eso debe ceder; sabe que si él fuera lleno del Espíritu, debe ceder ante Él; de lo contrario, seguirá viviendo en el poder y la plenitud de la carne. Por lo tanto, la entrega absoluta de nuestras vidas a Dios es el primer gran paso después de la conversión instada en Su Palabra. Sobre cada converso, habiendo recibido el Espíritu, y mientras su corazón resplandece con el amor de Cristo que lo ha salvado, debe ser presionado a su hogar, con seriedad y ternura, el reclamo de ese Cristo sobre su vida redimida, y su llamado amoroso a él. para rendírsele a Él en una rendición absoluta y sin reservas. No hay otra manera en la razón, en la revelación o en la práctica. ¡Ay de nuestra ceguera!

Se exhorta a los conversos a estudiar la Palabra; ser diligente en la oración; abundar en buenas obras; para dar de su sustancia al Señor; ser fiel en los servicios de la iglesia; unirse a sus diversas sociedades y ocuparse en su innumerable ronda de actividades. Pero, (¡ay de nosotros!) Al omitir la única condición suprema que Dios revela, fallamos en levantar la única puerta de inundación que solo permitirá que entre en nuestras vidas su codiciada plenitud. También se ve que este acto de rendición es el eje sobre el cual se abre la puerta de su plenitud.

3. LA EXPERIENCIA DE LOS HIJOS DE DIOS.

¿No es cierto para todos ustedes, amados, que caminan por el camino de la vida bendecida? El Espíritu Santo pintó en su alma secreta imágenes de un paseo con Dios que persistentemente se negó a desvanecerse, incluso en medio de todos sus fracasos y por no alcanzarlos. Hubo anhelos después de una riqueza y plenitud de vida en Cristo que nunca dejó de atormentar tu alma. Hubo voces que lo llamaron durante años a alturas no comunitarias de comunión, privilegio y servicio. Cometiste muchos errores; fuiste engañado por la falsa enseñanza; buscaste a tientas en la oscuridad tras la verdad. Pero ahora, con la paz y la alegría de una vida establecida en Cristo Jesús llenando su alma, al mirar hacia atrás en el pasado, ¿no ve que el punto central de bendición y plenitud fue la entrega de su vida al Señor Jesucristo?

Ya sea por largos años para llegar a esta crisis, o para alcanzarla de una sola vez, todo hijo consagrado de Dios sabe que este acto de rendición a Dios fue el paso supremo que lo llevó a la plenitud del camino más cercano con Dios. Su experiencia puede haber sido complicada, confusa, difícil de interpretar; pero que este acto de rendición fue la culminación de todo, y esta plenitud del Espíritu, el resultado de tal acto, la respuesta de gracia de Dios a ese acto, todos testificarán. Las vidas de hombres como Carey, Martyn, Paton y Livingstone muestran vívidamente esta verdad. La plenitud y el poder que marcaron sus vidas desde el lado divino fueron de la mano del lado humano con una entrega incondicional e inquebrantable de la vida en su mayor alcance, para hacer la voluntad del que los envió. Solo así puede traer Su plenitud.

Una vez más, esa entrega es el secreto de la plenitud.

4. LA RESISTENCIA DE LA CARNE.

Podemos estar seguros de que un paso al que la vida propia se opone supremamente es el paso supremo que el Espíritu quiere que tomemos. Ese punto en el que la Carne acumula su resistencia más desesperada debe ser el punto al que el Espíritu está más deseoso de traernos; debe ser el punto clave de la situación. Por encima de todo, está la resolución deliberada de entregar la vida a Dios en este paso, este punto. ¡Cuán clamorosamente protesta la hostil vida propia contra ella! Dirigiremos reuniones; promesas de firmas; ocupar un puesto oficial; sacar cheques hasta la mitad de nuestra fortuna; sí, haz cualquier otra cosa; ¡Pero cuán vehemente y desesperadamente se opone la auto-vida a entregar nuestra vida a Dios en plena rendición! ¿Alguien cuestiona que la voluntad propia es la fortaleza de la Carne, y que el acto de rendición asalta la fortaleza y es el acto que el Espíritu más desea y la Carne más resiste?

Entonces deje que ese hombre o mujer intente rendirse de esa manera. Permítales decirle a Dios: *“Aquí, Señor, renuncio a todos mis planes y propósitos, a todos mis deseos y esperanzas, y acepto Tu voluntad para mi vida. Lo que quieras, toma; lo que sea que hubieras venido, envía; dondequiera que quieras que vaya, guía; reveles lo que quieras que me rinda.”* *“He llegado a Tu voluntad.”* ¡Inmediatamente cómo los poderes de la Carne atacarán esta decisión! ¡Qué clamorosas protestas! ¡Qué feroz hostilidad! ¡Qué agonizantes luchas! ¡Qué desvanecimientos mortales del alma ante el simple pensamiento! ¡Qué amargas pruebas de orgullo y reputación! ¡Qué inmensos sacrificios aparecen sin pensar antes! El púlpito; el campo misionero; cedieron ídolos; profesiones entregadas, u ocupaciones o posesiones; ¡Cómo todos estos comienzan como espectros ante el alma temblorosa!

Ese día en que un hijo de Dios decida ceder su voluntad a Dios apenas habrá pasado su meridiano antes de que se horrorice ante la revelación de su propia falta de voluntad para hacer la voluntad de Dios; quedará asombrado y humillado sin medida ante los ataques desesperados y repetidos de la vida propia, para sacarlo de la nueva posición que ha tomado. Así como los gritos frenéticos y los aleteos salvajes de la madre ave prueban que su mano inquietante está cerca de sus pichones, la apasionada resistencia del Ser a la consagración de su vida demuestra que a través de este acto la vida propia está en peligro mortal de derrocamiento. bajo la poderosa mano de Dios. Hija de Dios, ¿no es este encogimiento, esta feroz enemistad de la carne, probar que su fortaleza está desenmascarada; que su secreto es traicionado; que lo que más se resiste con vehemencia es que, sobre todo, ¿qué quiere Dios que hagas? ¿Lo has hecho? Porque...

5. NO HAY SUSTITUTO PARA TU ACTO DE ENTREGA.

Cuando Dios establece una condición de bendición, ninguna otra condición, por buena que sea, puede ser sustituida. Esta es la razón por la que todo tu llanto, y espera, y petición - sí, incluso agonizando ante Dios - no han logrado nada más que dejarte afligido, decepcionado y aturdido por la falta de respuesta. Has estado orando en vez de obedecer. La oración está bien con la obediencia, pero no en lugar de ella. *“La obediencia es mejor que el sacrificio.”*

Así que es mejor que la oración si es lo que Dios está pidiendo. Nosotros no estamos pidiendo a Dios; ¡Él nos está pidiendo a nosotros! Escúchenlo a través de Su siervo Pablo: *“Os ruego, hermanos, por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo.”* ¿Has hecho esto? Cuando le pedimos a Dios que haga algo por nosotros, esperamos que Él actúe. Cuando Dios nos pide que le presentemos nuestros cuerpos como sacrificio vivo, espera que actuemos. Pero he aquí, nos volvemos y comenzamos a orar, porque, decimos, ¿no es la oración algo bueno? Pues sí, lo es, pero no está bien empleada si se usa para eludir la obediencia. ¡Qué sutil es la carne! ¡Cómo, en nuestra ceguera, jugamos a contradecir a Dios! *“Abraham”,* dijo Dios, *“porque has hecho esto, yo te bendeciré”* ([Génesis 22:16](#)).

¿Y qué fue esto por lo cual la bendición de Dios vino a él como nunca? Fue la entrega de su todo a Dios en la entrega de su hijo. Hijo de Dios, ¿has hecho esto? Ninguna otra cosa servirá. La oración constante, la súplica importuna, la espera agotadora, los intentos de creer, el darlo por hecho, todo esto no te servirá de nada si no haces esto. Esta vida inquebrantable es la ciudadela misma del Yo. Dios no la forzará. Pero cuando su llave, la Voluntad, le es entregada voluntariamente, entonces Él inunda la vida con Su plenitud de bendiciones. ¿Quieres conocer Su *“Yo te bendeciré?”* Entonces *“haz esto.”*

Absolutamente, sin reservas, confiadamente entrégate a ti mismo, tu vida, tu todo en Sus manos para el tiempo y la eternidad.

No servirá, en lugar de esto, dar dinero, dar tiempo, dar servicio, solamente. Miles están tratando de silenciar la conciencia y robar a Dios. Debemos darnos a nosotros mismos. ¡Cuánto se afligiría aquel verdadero amante cuya prometida respondiera a su petición de su corazón, ofreciéndole ella misma su bolsa, sus casas o sus tierras! Cuánto más se entristecerá Dios por nuestros pobres intentos de sobornarle dándole todo menos lo único que Él quiere: a nosotros mismos. *“Hijo mío, dame tu*

corazón.” Hay un dar que es en lugar de nosotros mismos; y hay un dar de nosotros mismos. Uno es el pobre soborno del legalismo al Amor; el otro es la respuesta gozosa del amor al Amor.

Por eso, al no darnos a Dios, no alcanzamos el don supremo que Él desea. Porque Dios se dio a sí mismo, nos lo dio todo. Si nuestra respuesta al amante de nuestra alma no llega a la entrega sincera de nosotros mismos, mostramos que no confiamos plenamente en Él. Pero la sombra de esa desconfianza que recorre el corazón que no se entrega es la barrera que lo aleja de la plenitud de Dios. Porque Dios no puede dar la plenitud del Espíritu a quien no tiene tal plenitud de confianza como para entregarle su vida. Por tanto, amados, sabiendo que nada sino esto puede traer a vuestro corazón Su plenitud de vida, procurad no omitirlo. Sabed también que...

6. LA RESPONSABILIDAD POR ESTA PLENITUD DEL ESPÍRITU ES, EN UN TREMENDO SENTIDO, EN TUS PROPIAS MANOS.

La pregunta ahora recae en usted. No es que no sea todo de Dios y de la gracia. En verdad lo es. Pero en Cristo Jesús la fase de gracia está completa. Es decir, Dios ya ha hecho todo lo que puede hacer por nosotros al dar a Cristo. Él *“nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los cielos en Cristo Jesús.”* ¿Queremos que Dios derrame la plenitud del Espíritu Santo? Lo ha hecho en Cristo. *“En él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Col. 2: 9).*

¿Queremos que Dios nos ponga *“en Cristo”* donde habita la plenitud? Lo ha hecho así: porque *“de él sois vosotros en Cristo Jesús” (1 Corintios 1:30)*. Solo queda una cosa, y es tuya. Es rendirse tanto al Cristo con quien está unido como para darle la oportunidad de derramar Su plenitud en y a través de usted. Esto debes hacer. No intentes echarle la responsabilidad a Dios. Si lo hace, Él lo arrojará sobre usted, y con razón también, porque ahí es donde pertenece. Todos estos años ha estado haciendo esto. ¿Has estado demasiado ciego para verlo? Él se compromete a darle a conocer Su plenitud tan pronto como entregue su vida por completo a Él, pero no se compromete a entregarla por usted, ni a hacerle rendirla. Él no obligará tu voluntad.

Allí se detiene y espera, como ha estado esperando todos estos años, por usted. Tampoco digas: *“He rezado; He esperado; He luchado y agonizado; He tratado de crearlo hecho,”* y cosas por el estilo. ¿No ves que en todo esto estás pidiendo a Dios que haga algo en lugar de obedecer su mandato de hacer algo tú mismo? La pregunta es ¿has RECIBIDO? Comprado con un precio, y no con el tuyo, ¿has quitado las manos de tu propia vida y la has consagrado totalmente, inquebrantablemente, eternamente al Señor Jesucristo, para ser su esclavo amoroso para siempre? No se trata ahora de su plenitud; Eso es ilimitado. Es una cuestión de su receptividad, su rendición. ¿Es él digno de confianza, de confianza absoluta? Entonces, ¿qué tan infantil confiarás en Él? ¿Cómo cederás absolutamente a Él? ¿Con qué auto abandono te arrojarás sobre Él? ¿Qué tan alto hacia la altura de su perfecta rendición subirás? Él te encontrará donde tú lo encuentres.

El único límite a su plenitud es lo que impones en la limitación de tu rendición. Cuanto más absoluta, radical e irrevocablemente te rindas, tiempo, talentos, posesiones, planes, esperanzas, aspiraciones, propósitos, todo a Jesucristo, dándote fe de su esclavo amoroso para hacer y sufrir su voluntad, más sabrás la bendita plenitud de su espíritu. Es posible que tenga toda la plenitud para hacer espacio. En un sentido profundo, descansa contigo. ¡Qué pensamiento tan tremendo! ¡Pasar por todos los largos años de vida con el privilegio, la paz y el poder de la vida bendecida a tu alcance en cualquier momento y aun así haberlo perdido!

¿Y eres débil, tímido, lento para confiar en Él absolutamente? ¿Eres reacio a rendir tu voluntad y temes a su voluntad? Piensa un momento qué es eso para ti. El sangrante Hijo de Dios que cuelga entre el cielo y la tierra por ti; traducción de la muerte a la vida eterna; hijos e hijas de Dios; plenitud de su espíritu; paz, gozo, compañerismo en Él; glorificación instantánea y jubilosa en su venida; participación triunfante en su reinado; edades eternas de felicidad sin fin en su presencia: esta es su voluntad conocida para ti. ¡Y aun así temes Su voluntad! ¡La alta traición del alma, esto, contra su horrible y amoroso Señor! Amado, en el centro mismo de tu vida espiritual, anida una cobra mortal de

incredulidad qué harías bien, mediante este acto deliberado y confiable de rendición, para aplastar, antes de que golpee sus colmillos más profundamente en tu corazón.

El audaz escalador de acantilados, confiando en una cuerda frágil, se balancea con un corazón intrépido sobre el abismo mareado, mientras que debajo de él las rocas crueles y el mar rugiente y traicionero esperan ansiosos por matarlo si cae. Pero tú, amado, cuando te balancees en esta ciega y simple confianza en Él, no encontrarás un destino cruel esperándote, sino las fuertes manos que te atraparon fueron perforadas, por ti; el lado al que te presionaste en un abrazo amoroso fue desgarrado, para ti; el corazón que palpita de alegría ante tu obediencia una vez se rompió, para ti. Sin embargo, el Cristo que te suplica es el Cristo del amor, que desea llenarte con Su propia plenitud de amor. Por lo tanto, no le temas, pero, entrando en el lugar secreto, pelea la batalla; soportar el sufrimiento de la cruz; no ceses hasta que honestamente hayas puesto tu vida a sus pies; y en verdad, *“Él te dará el deseo de tu corazón.”*

CONFIAR

Hay una sola actitud que la vida entregada a Él se atreve a tomar, conocer su plenitud, y es: CONFIANZA y OBEDECER. Sobre la necesidad de obediencia, apenas necesitamos morar aquí, pero simplemente podemos decir que es la esencia misma de la rendición, que no es otra cosa que una entrega absoluta de nuestra voluntad de obedecer la voluntad de otro, incluso nuestro Señor y Maestro.

Como toda la catástrofe de la caída está envuelta en hacer nuestra propia voluntad, toda la bendición de la nueva vida está involucrada en *“He aquí que vengo a hacer tu voluntad.”* En la rendición está la obediencia; en obediencia es rendición. Esa entrega que es un acto supremo de obediencia, marcas y medios y comienzo de un hábito, una vida de obediencia al Espíritu Santo a quien hemos entregado. Es tan evidente la obediencia en la idea misma de la rendición que no nos detendremos por mucho tiempo en nuestros breves límites, sino que pasaremos a reflexionar sobre su verdad acoplada de - Confianza.

1. Confía en Él como habitante.

Hay, como hemos visto, una enseñanza errónea que trata de encontrar nuestra impotencia espiritual y esterilidad al afirmar que no hemos recibido el don del Espíritu Santo, que no hemos sido bautizados con el Espíritu Santo, y que lo que necesitamos es espere la promesa del Consolador, y luego, cuando Él entre, todo esto desaparecerá. Nos hemos esforzado muy simplemente para demostrar que esto no es bíblico, confuso y engañoso; que el creyente no entrega su vida para que el Espíritu entre sino porque ha entrado; que la vida del creyente no culmina en la entrada del Espíritu sino que comienza con ella; que tal morada no es la piedra angular sino la piedra angular de toda la estructura de su vida interior y servicio externo.

Sin embargo, nos hemos acostumbrado tanto a la visión anterior de este tema que lo primero que hacemos después de entregar nuestras vidas en rendición a Él es comenzar a buscarlo para que espere la promesa y espere su morada. Ahora es en contra de todo esto que instamos al hijo de Dios a confiar en su morada. No lo esperes, créelo; no lo esperes, acéptalo; no lo busques, reconócelo; no lo construyas, construye sobre él como una base segura. *“¿Qué,”* dices, *“acepta la morada del Espíritu como un hecho antes de rendirte sin ningún ingreso consciente después de él, sin ningún sentimiento o experiencia emocional de Su aceptación de mi vida entregada?”* Precisamente. Acepte el hecho de que el Espíritu mora exactamente como aceptó el hecho de la remisión de sus pecados cuando creyó en Jesucristo, con evidencia mil veces más segura y tranquilizadora que sus sentimientos cambiantes, es decir, la eterna e inmutable Palabra de Dios.

Esa palabra es clara. Dios te pide una sola cosa, a saber, que te examines a ti mismo y veas si estás en la fe; es decir, un creyente (2 Corintios 13: 5). Si es así, entonces te asegura que mora en ti; Él reitera una y otra vez que su cuerpo es el templo del Espíritu Santo, que está en usted, que tiene de Dios, que habita en usted para siempre (1 Corintios 3:16, etc.). Él no te pide que inspecciones tus emociones para esto,

sino que confíes en Su palabra. Él no le pide que espere un sentimiento, sino que descanse en un hecho, aceptando su palabra simple como evidencia de ese hecho.

Entonces, aparte de cualquier conciencia de Su morada, a medida que crees, aceptas, reconoces y actúas sobre esa morada, pronto encuentras que es un hecho glorioso. Un buen santo de color cuando se le preguntó cómo se había vuelto tan consciente de la presencia del Espíritu en su corazón, respondió: “*Jesús, tú crees que Él está allí y Él está allí.*” Y tan amada confianza en Su morada. No lo niegues ni lo esperes, sino créelo y acéptalo. Como el buen hermano Lawrence, “*practica la presencia de Dios*” y pronto lo experimentarás. “*Actúa como si yo estuviera en ti, y sabrás que yo estoy en ti.*” Aquí mismo será de gran ayuda esta confianza en su morada si entendemos la importante verdad que está aquí en su lugar, a saber:

Distinga entre LA VIVIENDA del Espíritu Santo y LA MANIFESTACIÓN del Espíritu Santo, en su plenitud. Por morar se entiende su presencia en nosotros; por manifestación la conciencia de esa presencia. Ahora, la morada del Espíritu Santo depende de nuestra unión con Cristo, a través de la fe, como hemos visto. Pero la manifestación del Espíritu Santo depende de nuestra obediencia a Sus mandamientos ([Juan 14:21](#)) (en este caso, el llamado a entregarnos a Cristo). Por lo que la morada del Espíritu depende de nuestra posición, su manifestación sobre nuestro estado.

La primera es una cuestión de unión, la segunda una cuestión de comunión, en este caso a través de la obediencia.) La primera es realizada por Dios, y es un hecho permanente en la vida del creyente, independientemente de su sentimiento o conciencia de ello. ¡Ciertamente! “*De Dios sois vosotros en Cristo Jesús*” ([1 Corintios 1:30](#)). Es Dios quien te unió, hijo de Dios a Jesucristo, y te unió para siempre. En esa unión, el Espíritu Santo entró en ti y vino a morar para siempre ([Juan 14:16](#)). Que el Espíritu Santo mora en ti para siempre es tanto un hecho como que Jesús te quitó tus pecados para siempre. Si eres un hijo de Dios, el Espíritu mora en ti; Si eres un niño obediente, el Espíritu se manifiesta en ti. Tu nacimiento no depende de ti mismo; naciste de Dios; pero tu caminar depende de ti mismo, y con él las manifestaciones del Espíritu.

La residencia debe estar asociada con la filiación; manifestación con obediencia y comunión. Ahora la filiación es el don de Dios e irrevocable, y también lo es la morada del Espíritu. Pero la obediencia y la comunión en gran medida en nuestras manos son variables, por lo tanto, también lo es la manifestación. Por lo tanto, uno de los errores más mortales en los que caemos es hacer de la manifestación la prueba de la morada, en lugar de la prueba de la obediencia y la comunión con Aquel que ya está morando. Nunca dudes de la morada del Espíritu porque no sientes Su presencia, como tampoco dudas de que Jesús murió por ti, porque no sientes esa muerte.

Si somos salvos solo cuando nos sentimos salvos, y el Espíritu Santo mora solo cuando somos conscientes de su morada, entonces ay de nosotros, porque el Espíritu deja de morar en nosotros, y somos hombres y mujeres perdidos cada vez que tropezamos o desobedecemos en nuestro caminar con Dios! ¡En qué error desastroso y espantoso caer! Mientras que cuando vemos que su morada depende de un hecho inmutable, nuestra unión eterna con Cristo por fe, pero la conciencia de esa morada en un estado cambiante, es decir, nuestro caminar con Dios, entonces cualquier disminución en esa conciencia de su presencia nunca será llévanos a dudar de su morada, pero solo agítanos a explorar nuestras vidas si es así para que podamos seguirlo tan lejos en el camino de la comunión y la obediencia como para haber perdido el resplandor de su presencia manifestada. De esto vemos también nuestra necesidad de...

2. Confía en Él en cuanto a la manifestación.

No le dictes el tipo de sentimiento de plenitud que desees. No insista en una repentina marea de emoción. No se apoye en la experiencia de otro hombre, escuche o lea, y espere que Dios la duplique en usted. Confía todo esto a Él. Somos propensos tanto en la conversión como en la consagración a venir al Señor con una concepción previamente formada del tipo exacto de experiencia que debemos tener. ¿Y no estamos casi siempre decepcionados? ¿Por qué? Porque Dios sabe mucho mejor que nosotros,

qué sentimiento darnos. ¿Nuestra propia rendición para hacer y recibir Su voluntad, en lugar de la nuestra, conlleva una sumisión amorosa a Él en este asunto de manifestación, como en todos los demás, aceptando dulcemente la medida individual de plenitud que Él considera mejor?

Pablo tuvo manifestaciones tan maravillosas de las cosas espirituales que necesitaron una espina en la carne “*para que no sea exaltado demasiado.*” Aquí hay una sugerencia de que el Señor sabe qué forma y grado de plenitud dar a cada uno de nosotros, para mantener nosotros del orgullo espiritual o exaltación. Por lo tanto, déjelo todo a Él. Ya sea repentino o gradual; callado o jubiloso; gran paz o gran poder; No importa. Preocupémonos por cumplir las condiciones de la promesa, y Dios siempre se encargará del cumplimiento de la promesa. El que se rinde más plenamente a la cruz de Cristo en la rendición, dejando toda la cuestión de la experiencia de la plenitud con Dios, llegará más pronto y más abundantemente a su bendición que el que, ignorando las condiciones del discipulado completo, pasa su tiempo esperando lenguas. de fuego y sonido de viento fuerte y poderoso.

Nada es más doloroso que estar constantemente inspeccionando nuestras propias vidas internas para ver si Dios está cumpliendo Su promesa en nuestra experiencia. Es como el niño desenterrando constantemente la semilla para ver si ha brotado. La cuestión de la experiencia de la plenitud del Espíritu pertenece al Señor. Es su obra de gracia solo. Él ha prometido: “*Me manifestaré; esta es mi parte déjenme esto a mí.*” Lo supremo que debemos hacer es cumplir las condiciones que se nos imponen, a través de las cuales viene la bendición de Dios, y confiarle su parte a Él.

Cuanto menos nos preocupemos y nos preocupemos por la manifestación de su plenitud, antes llegará. La fe perfecta en Dios, como hemos visto, es esencial para conocer Su plenitud. Pero ¿no hay en este escaneo cada pulso de sentimiento tal como se presenta, una sutil incredulidad, un temor de que quizás Dios no sea fiel aunque nosotros lo seamos? Y detrás de todo, ¿acaso no estamos más ansiosos por la bendición, la alegría, el sentimiento de la plenitud del Espíritu que ansiosos y dispuestos y rápidos en entregar nuestras vidas a nuestro bendito Señor, aunque ningún sentimiento debería seguirlo? Por lo tanto, amados, ocúpense con una rendición honesta, completa y que busque el corazón, y dejen todo lo demás en manos de Dios.

3. Confía en el Espíritu mientras obra en ti.

En ningún momento se necesita una confianza simple e inquebrantable en Él más que solo aquí. Para considerar primero cuán completamente incapaz eres de moldear, modelar y purificar la vida que acabas de entregar en sus manos. ¡Qué lleno de errores y fallas ha sido! ¡Cuán lejos se queda corto incluso de nuestro propio humano, por no hablar de Su divino, ideal para él! ¡Qué pecaminoso, débil e inconsistente! A medida que ha luchado, trabajado y luchado en sus esfuerzos por desarrollarlo, ¡cuán colosal le ha parecido la tarea, qué desesperado es el resultado! Estás luchando no contra carne y hueso, sino contra principados y poderes; contra los gobernantes de la oscuridad; contra aquellos que se ríen con desprecio por tus esfuerzos para vencerlos.

No conoces el poder del mal; no conoces el poder de la vida propia; no conoces el poder de Dios para hacer frente a ambos. Aparte de Dios, no sabes qué armadura necesitas; qué armas usar; qué batallas hay que librar; qué crisis traerá el futuro desconocido; cómo el viejo será “*desanimado*”; cómo se pondrá lo nuevo; donde se echará tu suerte; ni qué campo Dios ha preparado para ti. Mientras te sientas y reflexionas sobre lo desesperado que es para ti, un hombre o una mujer mortal, intentar moldear y dar forma a una vida que es inmortal en su servicio, alcance y destino, arrastrándose en las profundidades místicas de la eternidad en su resultado, hazlo ¿No te das cuenta de lo tonto que has sido incluso al intentar poseer y controlar esa vida en lugar de cederla de inmediato al Espíritu Santo que la hizo realidad? ¿Puedes hacer algo más que confiar en Él total y absolutamente con él, en vista de tu total fracaso e incapacidad para diseñarlo para los ministerios, no solo de esta vida, sino de la eternidad?

Pero, por otro lado, recuerde cuán simple y absolutamente puede confiar en que el Espíritu trabajará en la vida que ha rendido. ¿No te trajo a la existencia? ¿No te conoce como solo Dios que todo lo ve puede? ¿No está familiarizado con tus pecados y debilidades? cariño y fracasos; poderes y talentos;

pasado lamentado, presente insatisfecho y desconocido, futuro eterno? ¿No sabe Él cuándo necesitas castigo y cuándo reprender? ¿Cuándo presionar con fuerza con la cruz y cuándo consolar con su propia alegría? ¿Cuándo usar el cuchillo y cuándo verter el unguento calmante? Justo cómo moldear y moda; cincel y corte; enderezar y fortalecer; golpear, martillar y pulir hasta que la estatua esté como Él la tendría, ¿cómo el Hijo?

Por lo tanto, confía en él. Cuando te guía por caminos que hieren tus pies vacilantes; te confronta con un futuro que disminuye la oscuridad y la amenaza; te encierra en providencias que parecen duras y misteriosas; - en todos estos se quedan quietos; susurra a ti mismo: "*Es Dios el que obra*", y - CONFÍA en Él. Porque el Espíritu debe trabajar en ti antes de poder trabajar a través de ti. Debe purificar el oro antes de poder enviarlo como moneda esterlina, la más selecta de su acuñación. Y si no te quedarás bajo Su mano, incluso cuando Él trabaja de una manera tan extraña, ¿cómo puede cumplir Su propósito cada vez más profundo, enriquecedor y enriquecedor en tu vida? Por lo tanto, confía en Él mientras trabaja en ti. No importa que sus tratos contigo sean extraños, misteriosos, incluso confusos; que esta no es la forma en que le gustaría que trabajara; que Él no te está enviando experiencias del tipo o grado que esperabas. Puede que realmente no entiendas todo esto, pero Él lo hace, "*porque es Dios quien obra en ti.*" Pero no te atreverías a quitar tu caso de Sus manos incluso si pudieras, ¿verdad? Por lo tanto, confía en Él mientras "*trabaja.*"

4. Finalmente confíe en que Él trabajará a través de usted.

Una cosa es trabajar para Dios; Es otro que Dios trabaje a través de nosotros. A menudo estamos ansiosos por lo primero; Dios siempre desea hacer lo último. Uno de los hechos importantes en la rendición de la vida es que es la actitud la que le da a Dios la oportunidad de obrar su voluntad perfecta a través de nosotros. Porque es Dios quien está trabajando para evangelizar el mundo; es Dios quien ha establecido los planes para ello; Es Dios quien tiene el poder de ejecutarlos con éxito. Ahora el Dios que gobierna el universo no quiere que planeemos, nos preocupemos y trabajemos para Él. Mientras que Él aprecia nuestros propósitos hacia Él, sin embargo, pueden ser todos sus propósitos para y a través de nosotros. Lo que quiere no son nuestros planes, sino nuestras vidas, para que pueda realizar sus planes a través de nosotros.

Ahora Dios ciertamente hará esto a través de cada vida que se le rinda, si simplemente confiamos en Él para hacerlo, seguirlo y seguirlo mientras nos guía. Su palabra sobre esto es clara. "*Porque somos... creados en Cristo Jesús PARA BUENAS OBRAS que Dios HA ANTES DE ORDENAR para que CAMINEMOS EN ELLOS*" (Efesios 2:10.) Dios tiene un plan ordenado de buenas obras en Cristo Jesús, y como cada miembro del cuerpo de Cristo se rinde a Él absolutamente para hacer sus obras ordenadas, Él dará y revelará a ese miembro individual sus obras particulares, para que puedan caminar en ellas. Esta es una simple promesa de guía, no solo en un trabajo de vida práctico para cada uno que se le rinde, sino en el trabajo de vida que Dios ha ordenado para cada uno de sus hijos "*desde antes de la fundación del mundo.*" increíble para ti, querido? ¡No, cualquier otra cosa es increíble! Para eso Dios debería tener un propósito para cada gota de rocío que brilla en la luz del sol de la mañana; por cada brizna de hierba que surge de la tierra; por cada flor que florece en la colina o el brezo; y aun así no tener un plan para la vida de los hombres y mujeres para quienes fueron creados, ¡en verdad es increíble en el último grado! ¿Y responde que hay miles de vidas de sus hijos aparentemente a flote en la corriente de una existencia sin propósito? Ay, sí.

Pero se debe a que Dios no puede revelar Su voluntad a una Voluntad de sí mismo no pronunciada; no puede dejar en claro sus planes para una vida llena de planes personales. Tales planes personales y planes personales se convertirán en la catarata carnal que oculta la visión espiritual del plan y la voluntad de Dios. Pero cuando le entregas tu vida completamente a Él, Dios te quitará ese velo y tarde o temprano te mostrará tu obra de la vida. Esto es cierto, no importa cuán oscuro sea el camino ahora, ahora cubierto por circunstancias adversas, cuán difícil o complicado sea tu posición actual. Puede que

tengas que esperar; debes ser paciente; pero Dios seguramente lo liberará de todos los enredos, y cumplirá Su bendita voluntad a través de usted, si solo confía, espera y obedece como Él lo guía. Muchas vidas que alguna vez estuvieron tan cercadas como para parecer más allá de la esperanza de libertad, ahora dan testimonio de Cristo en las lejanas tierras oscuras.

Tenemos un querido amigo que, poco después de ser salvo, fue llevado a ver la verdad y el glorioso privilegio de la vida entregada, y le dio esa vida de manera simple y confiable a Dios. Era un hombre ocupado, encerrado todo el día detrás de un mostrador, en una posición que parecía impedirle que lo condujeran a cualquier trabajo de vida que Dios podría haber planeado para él. Sin embargo, marque el resultado. Leyendo un día un artículo interesante en una revista religiosa, fue llevado a escribir al autor y pedir permiso para imprimirlo y distribuirlo gratuitamente, en forma de folleto. Esto fue otorgado voluntariamente, y el pequeño folleto comenzó a salir con su misión de bendición de la prensa manual de nuestro amigo, que era un impresor aficionado. A medida que pasaron los meses, se agregaron otros folletos; comenzaron a llegar ofrendas voluntarias para el trabajo; los pocos cientos de tratados se arrastraron en miles y cientos de miles.

Las historias de conversión de pecadores y bendiciones para los hijos de Dios llegaron de los campamentos madereros de Michigan, las prisiones de Wisconsin, el país en general y los campos misioneros de tierras lejanas. En los dos o tres años transcurridos desde que comenzó este trabajo, se han enviado gratis un millón de tratados; la Palabra de Dios ha circulado hasta cierto punto, y con resultados, solo la eternidad revelará; y nuestro ocupado amigo es uno de los más felices siervos del gran Rey, en la conciencia de estar en una obra que Dios ha planeado para él, y le dio cuando le entregó su vida. Aun así, Dios seguramente llevará a cada hijo suyo entregado fuera del lugar de oscuridad, indagación e incertidumbre, a la luz y la alegría de ese servicio planeado y empoderado por Dios, que será su alegre trabajo de vida, si solo confiará en Aquel que trabaja en nosotros y desea trabajar poderosamente a través de nosotros.

MANIFESTACIÓN

Por morada se entiende, como hemos visto la presencia del Espíritu en nosotros como creyentes; por Manifestación se entiende la conciencia de Su presencia; La revelación interna del Espíritu a nuestro espíritu. Con respecto a esto, observe:

1. Su certeza.

¿Habrán tal manifestación de la plenitud del Espíritu cuando le entreguemos nuestras vidas? ¿Seremos conscientes de un gran cambio interno en esas vidas? ¿Habrán una transformación consciente, un nuevo estado consciente de la experiencia cristiana? A esto respondemos: - ¿Es el río lento y estancado consciente de las aguas del mar, ya que siente el latido y la prisa de sus mareas de limpieza? ¿Es el castillo oscuro y sombrío consciente del aire fresco y dulce que llena sus cámaras barridas por el viento, cuando se abren de par en par? ¿Son los ojos ciegos, que han estado velados durante años en una oscuridad desesperada, conscientes de la brillante luz del día, cuando se rompe por primera vez sobre su visión embelesada?

Entonces, seguramente, hay una manifestación consciente del alma que se ha entregado, para siempre y para todas las cosas, a Dios. Debe haber, habrá un cambio; una realización de su presencia a un grado nunca conocido; una conciencia de que la mayor crisis en la vida espiritual ha pasado. Tampoco importa si tal manifestación de Su plenitud irrumpe sobre nosotros como el repentino destello del sol detrás de las nubes oscuras, o si nos roba como el resplandor lento y creciente del crepúsculo matutino, gradual, pero seguro. Suficiente para que sepamos que tal manifestación viene; que se revela en plenitud, poder y bendición nunca conocidos. Su suplicarnos que le presentemos nuestros cuerpos a Él no fue una súplica ociosa; nuestra entrega a Él no fue un experimento vano. Él cumple su promesa: *“Me manifestaré, como no lo hago al mundo.”*

De ahora en adelante hay altura y profundidad, paz y poder, alegría y bendición, comunión y servicio, oración y alabanza, como el pasado nunca ha poseído. Para el alma que se entrega por completo a Dios, la vida se transforma más allá de sus más grandes esperanzas; Las bendiciones de la Vida Abundante se vuelven más ricas y completas a medida que pasan los días; Dios hace mucho más de lo que puede pedir o pensar. Él es *“fortalecido con poder por su Espíritu en el hombre interior;”* *“Lleno de toda la plenitud de Dios;”* hecho para *“abundar más y más”*; y de esta abundancia desbordan el ministerio, el testimonio y la bendición para quienes lo rodean.

2. Su individualidad.

La manifestación variará con el individuo. Dos hombres, absortos en la conversación, se paran en una vía de ferrocarril, sin darse cuenta de la proximidad de un tren que avanza rápidamente sobre ellos. Justo a tiempo ambos son arrebatados por manos amistosas, de la terrible muerte inminente. Para ambos, mientras se alejan con caras pálidas, ha sucedido el mismo evento, a saber, el rescate de una terrible muerte bajo las ruedas del tren rugiente y veloz.

Pero marca cuán diferente los afecta. Los ojos se llenan de lágrimas; su voz tiembla de emoción reprimida; y su corazón se eleva en silencio, en profunda gratitud a Dios. El otro, bastante extasiado en su emoción, salta de alegría, abraza a sus rescatadores y exultantemente relata la historia de su liberación a todos los que conoce. La misma bendición ha llegado a ambos, pero la experiencia se manifiesta de manera diversa, porque su temperamento individual es diferente. Solo así es aquí. Dos de los hijos de Dios le rinden sus vidas en total rendición.

En respuesta a esa rendición, el mismo evento vendrá a ambos: una plenitud del Espíritu nunca conocida, nunca creída posible, antes. Pero la manifestación, la experiencia de esa plenitud, no será la misma en ambos; necesariamente variará con el temperamento individual. Porque Dios no solo da la plenitud, sino que también hizo los recipientes que contienen esa plenitud, y los ha hecho a todos ligeramente diferentes. La copa, el jarrón y la copa de oro están llenos, pero el agua dentro de ellos toma la forma de la forma del recipiente. La luz que fluye a través de los cables eléctricos es la misma, pero toma los tonos de los globos multicolores a través de los cuales brilla. Pablo y Juan eran ambos hombres poderosamente llenos del Espíritu Santo; sin embargo, cuán sorprendentemente su manifestación fue modificada por sus temperamentos individuales.

Paul es exultante, ardiente y vehemente. Estalla, una y otra vez, en gritos de triunfo, alabanza y alegría. Su maravillosa vida ardía y ardía, con amor por Cristo, con una intensidad que parecía estar a punto de consumirla en cualquier momento. La vida parecía demasiado corta para que su alma ansiosa pudiera comprimir en sus momentos fugaces toda la devoción, celo y entusiasmo, de la vida más aguda y de mayor alcance que el Espíritu Santo ha representado en la iglesia primitiva. Seguramente, Pablo estaba lleno del Espíritu Santo, y miles de mártires y héroes misioneros, dotados con la misma intensidad de temperamento e inspirados por la visión de esa vida llena del Espíritu, han presentado ante ellos el tipo paulino de experiencia cristiana como propia. ideal deseado, y, cedido a Dios, lo he alcanzado y ejemplificado maravillosamente en servicio y sacrificio por el mismo Maestro. Y, sin embargo, el hombre que piensa que no está lleno del Espíritu Santo a menos que disfrute del mismo tipo y grado de manifestación que Pablo, puede estar muy alejado de la verdad.

Porque, por otro lado, recurre a John. Ningún hombre estaba más cerca del corazón de Jesucristo que él. Se apoyó en su seno; sintió el latido de la vida del corazón de su Maestro como ningún otro; él interpretó los secretos más íntimos de su alma. Sus escritos exhalan el espíritu de Cristo y nos llevan a la cámara de presencia de un Dios santo. Tranquilo, contemplativo, devocional, su alma no parece estallar en gritos exultantes, como los de Pablo, sino ser embelesado, absorto, perdido en la visión de Cristo. Sin embargo, Juan, el discípulo amado, el confidente de Cristo, estaba tan lleno del Espíritu Santo como lo estaba Pablo, el gran apóstol de los gentiles.

En el camino santo, tranquilo y cercano con la vida de Dios de Juan, se nos da un tipo de manifestación del Espíritu que se ha reproducido en miles de vidas piadosas, cuya comunión constante, ministerio de

oración y formas más silenciosas de servicio son indescriptiblemente preciosos a los ojos de Dios, y llevar la marca segura de su plenitud. Los Johns, los Rutherfords, los Bengels del redil de Dios, están tan llenos del Espíritu como los Pauls, los Judson y los Patons. Por lo tanto, cuando hayamos rendido nuestras vidas, agradezcamos a Dios por la manifestación individual que Él pueda, en su gracia, nos garantice.

Al codiciar el tipo de experiencia de otro hombre, porque concuerda más con nuestra idea de cuál debería ser la manifestación de la plenitud del Espíritu, tengamos cuidado de no menospreciar y deshonrar lo que Dios nos ha otorgado. Si nos concede visiones maravillosas, nos llena de éxtasis espirituales, nos atrapa en el tercer cielo; - está bien. Pero si nos distribuye una experiencia más tranquila; derrama sobre nosotros un espíritu de súplica; Nos llena de una paz tan profunda como la alegría de otros hombres es entusiasta; nos unge con poder en la oración, en lugar de poder en el púlpito; - Esto también está bien. Porque Él lo sabe, y *“el Espíritu se divide en partes como lo hará.”*

3. Su acompañamiento: - Sufrimiento.

En **1 Pedro 4:1, 2**, esta verdad se declara: *“Por tanto, como Cristo sufrió por nosotros en la carne, armémonos de la misma manera con la misma mente; porque el que sufrió en la carne, dejó de pecar; que ya no debe vivir el resto de su tiempo en la carne para la lujuria de los hombres, sino para la voluntad de Dios.”* La carne, la naturaleza carnal, que en Cristo fue sin pecado, en nosotros es pecaminosa; es la esfera en la que funciona el pecado, *“el cuerpo del pecado”*, por así decirlo. Por lo tanto, al entregar nuestras vidas totalmente a Dios para que haga su voluntad, la vieja voluntad propia, la vida de la carne, debe sentir el toque de la cruz de Cristo, ya que es solo cuando se coloca en el lugar de la crucifixión con Cristo, a través de la rendición y la fe, que podemos dejar de hacer nuestra propia voluntad y llegar a hacer la perfecta voluntad de Dios.

Esto significa sufrimiento, y la Palabra nos dice claramente que debemos *“armarnos de la misma manera con la misma mente”*, y esperar sufrir en la carne, para *“no vivir más el resto de nuestro tiempo en la carne para los deseos de los hombres, pero a la voluntad de Dios.”* Ahora, al tratar de conocer la plenitud del Espíritu, nos encontramos con tal experiencia. Al entregar nuestras vidas a Dios, en lugar de la gran manifestación de paz y alegría del Espíritu que anticipamos, nos preocupa encontrar una totalmente diferente. En cambio, llegamos a un lugar de lucha y de agonía del alma; una conciencia de resistencia feroz y de sufrimiento más agudo; de agitación, incertidumbre y angustia. En lugar de luz es oscuridad; en lugar de paz, un malestar terrible; en lugar de plenitud, un vacío espiritual aparentemente absoluto y esterilidad en nuestras almas; en lugar de avanzar, un paso aparentemente hacia atrás. Todo el tiempo continúa esta sensación de sufrimiento intenso, horrible e interno, que no podemos definir, describir ni comprender, salvo que es tan diversa de nuestras expectativas que nos lleva a una confusión casi impotente.

Y, sin embargo, esta experiencia es absolutamente normal, explicable y de esperarse en cada vida producida. *“Erramos al no conocer las Escrituras.”* Si las hubiéramos conocido, *“nos armaríamos con la misma mente”*, esperaríamos, de antemano, exactamente esta experiencia. No se confunda ni se desanime a ningún creyente que entre en esta crisis, ya que es una evidencia segura de que Dios lo llevará al lugar de plenitud que su corazón anhela. El viaje a la habitación superior de Pentecostés debe ser realizado por un lugar llamado Calvario; Dios tiene el mismo lugar para sí mismo que para los pecados: la cruz de Cristo; el hombre que gritó: *“Ya no soy yo, sino Cristo, que vive en mí”*, primero lloró: *“He sido crucificado con Cristo.”* ¡Pero duele ser crucificado incluso con Cristo! Y entonces hay oscuridad, lucha, agonía y sufrimiento. Sin embargo, *“no temas, solo cree”*, porque *“si nos hemos unido a él por la semejanza de su muerte, también lo seremos por la semejanza de su resurrección”*, y de todo eso saldrá el propio descanso de Dios, la paz y poder.

4. Su tiempo: - El tiempo de la rendición.

Como se ha dicho, no estamos, en el instante en que nos hemos rendido a Dios, para comenzar a examinar nuestra experiencia interior para ver si Él ha cumplido Su promesa de manifestación. Porque

el momento de la rendición profesa no siempre es el momento de la entrega real a Dios, ya que puede haber algo en nuestras vidas con respecto al cual hay una falla consciente en ceder, y que obstaculizará la manifestación del Espíritu en el momento de la aparente entrega.

Sin embargo, al mirar hacia atrás en nuestras vidas, vemos claramente la verdad general de que la experiencia de la plenitud del Espíritu fue la respuesta de Dios a nuestra rendición, y definitivamente los unimos en los registros de tiempo de nuestra vida espiritual. Esto aclara el punto discutido si la manifestación de la plenitud de Cristo es, o no es, una experiencia posterior a la conversión, una llamada “*segunda bendición*.” Si, como se ha visto, la experiencia de la plenitud del Espíritu está vinculada de hecho, y con el tiempo, con la rendición de nuestra vida a Dios, la única pregunta es, ¿cuándo nos rendimos tanto? Si, en la conversión, no solo confiamos en Cristo para salvación, sino que también le entregamos nuestras vidas a Él en total rendición, entonces no solo hemos recibido el Espíritu, sino que también hemos llegado a conocer Su plenitud.

Pero, si ocurre un intervalo de mayor o menor duración entre nuestra salvación y nuestra consagración a Dios, entonces, necesariamente, la plenitud del Espíritu debe ser, como suele ser, una experiencia posterior a la conversión. Lógicamente, ese intervalo siempre es necesario; prácticamente, puede ser tan corto como para hacer las dos experiencias casi simultáneas; usualmente hay un intervalo, largo, cansado e innecesario, en el que el alma busca a tientas lo desconocido o se resiste a la verdad conocida.

Lógicamente, tal intervalo es necesario porque la apelación a la consagración supone la salvación, y se basa en ella. “*Os suplico, hermanos, por las misericordias de Dios*” (Romanos 12:1). Es el amor que brota en nuestro corazón porque Cristo nos ha salvado, lo que nos impulsa a entregar nuestra vida a Él. La vida entregada es la respuesta de los redimidos a su Redentor, y no es hasta después de que hayan experimentado el amor de “*Aquel que los amó por primera vez*”, que sus propios corazones pueden encenderse con el amor que incita a rendirse. Por lo tanto, la conversión debe necesariamente preceder a la consagración.

Prácticamente el intervalo puede ser tan corto como para pasar casi desapercibido. El mismo torrente de gracia que lleva un alma al reino de Dios, llena simultáneamente su corazón con la capacidad de respuesta del amor que solo puede desahogarse en la rendición instantánea de la vida. ¡Felices son tales! Paul parecía apenas salvado hasta que, en actitud de consagración, gritaba “*Señor, ¿qué quieres que haga?*” Charles G. Finney, después de haber encontrado a Cristo como su Salvador, testifica que cuando salió de las profundidades del Woods, y caminó hacia su despacho de abogados, se encontró repitiendo en voz alta: “*Debo predicar el evangelio.*”

Casi inconscientemente, en la hora de su conversión, entregó su vida a Dios, y la visión de los clientes, resúmenes, y las ambiciones profesionales habían desaparecido ante la visión de Aquel que murió por él. El resultado fue que la misma noche, mientras estaba solo en su oficina, le llegó una manifestación de la plenitud de Dios que se le ha dado a pocos hombres desde los días de la iglesia primitiva, cuya mera lectura llena el corazón de temor reverente ante la visión de lo que Dios puede hacer con la vida totalmente rendida. Por lo general, hay un intervalo considerable entre la conversión y la rendición total a Dios. Sin embargo, es innecesario e infeliz. No existe porque Dios lo desee o lo planifique, sino porque ignoramos esta gran verdad del corazón, o saber, seguimos resistiendo el llamado de Cristo. Finalmente, después de años de oscuridad o desobediencia, cedemos y llegamos a un remanso de reposo en el que podríamos haber entrado años antes, en lugar de lanzarnos al mar agitado sin él.

5. Su progresividad: - La manifestación de la plenitud del Espíritu puede ser progresiva.

Tenga en cuenta que la voluntad de rendirse es un proceso. Es un acto definitivo, hecho de una vez por todas, y es agradable a Dios como tal. Sin embargo, pocos creyentes se dan cuenta en ese momento del significado y el alcance de una rendición completa a Dios. Por lo tanto, el perfeccionamiento de esta rendición es un proceso medible, y hay una progresividad de manifestación con él. En algunas vidas esto es menos, en otras, más marcado. Algunos hombres y mujeres entregan sus vidas a Dios en un

instante, con un barrido, absoluta e intensidad de consagración que respira almas cautelosas y tardías, y el sello de plenitud manifestada de Dios es tan inmediato e impresionante en su respuesta.

Otros ceden lentamente, y gradualmente, a Dios, y su experiencia toma un reparto más gradual y progresivo. Podemos ilustrar algo como esto: usted es dueño de una valiosa finca. Después de la debida deliberación, decidió venderlo, lo hizo de buena fe y ahora está a punto de transferirlo. Paseando un día antes de la transferencia, descubre, para su sorpresa, una corriente de agua fina y viva de cuya existencia no había conocido antes, y que aumenta mucho el valor de su patrimonio. Le cuesta una lucha considerable dejar que esto vaya con la tierra, ya que no estaba en su conocimiento cuando se vendió. Pero usted es un hombre honorable, y finalmente cede, porque la propiedad se vendió *“con todos sus accesorios.”*

Poco después de esto, descubre los cultivos de carbón en la misma granja, y se despierta para darse cuenta de la presencia de una valiosa mina de carbón. Pero ahora es demasiado tarde, y después de una lucha severa, decides que la mina de carbón también debe irse, ya que la venta fue absoluta y sin reservas. A medida que llega el día de la transferencia, un día descubrirás rastros de oro en el fondo del río, y pronto te sorprenderá la noticia de que tu patrimonio desaparecido es uno de los tractos auríferos más ricos del continente. Y ahora viene una lucha poderosa, una prueba suprema. Intenta persuadirse de que las minas de oro no se incluyeron en la venta; que el precio es miserablemente inadecuado; que no tiene el honor de completar la transferencia.

Pero en tu corazón sabes que la venta fue sin reserva; que incluía todo, incluso el aire arriba y la tierra debajo de esa granja; y su conciencia dada por Dios suplica sin cesar hasta que, por fin, después de una lucha terrible, ceda y ponga su mano y sello al hecho que barre mucho más de lo que jamás había previsto. Aun así es en muchas vidas. Nos rendimos absolutamente y sin reservas a Dios, y esto, aceptable para Él, trae bendiciones manifiestas a nuestras almas.

Pero no comenzamos a conocer el alcance completo y la importancia de tal consagración a Cristo, y, si lo hiciéramos, tal vez retrocederíamos horrorizados por una visión completa de su significado desde el principio. Nuestro bendito Señor lo sabe, y ¡cuán compasivo y tiernamente lo encuentra! Muy satisfecho con nuestras voluntades cedidas, pronto revela un ídolo apreciado, y muestra que está involucrado en nuestra rendición en blanco, por así decirlo, a Él. Quizás luchamos y resistimos, pero nuestro acto de rendición fue honesto y sincero, así que lo rendimos.

Paso a paso, Él ahora continúa, mostrándonos, tan rápido como podemos soportarlo, cómo este acto de rendición incluye todo lo que apreciamos. Finalmente, con la fe añadida en su amor a partir de estas experiencias, nos pone cara a cara con nuestra mina de oro, nuestro Isaac, algún tesoro de voluntad propia, afecto u orgullo, del que preferiríamos rendir todo lo demás en la vida. Sí, nuestra vida misma. Pero el hecho ha sido dibujado; no hay reserva; todos deben irse.

Y así, de la lucha, viene ese perfeccionamiento de la rendición que trae a nuestros corazones su codiciada plenitud de manifestación. Debería alegrarnos mucho que haya almas intrépidas cuyo desafío de *“Señor, ¿qué quieres que haga?”*, Responde con una revelación del alcance y alcance de la rendición, cuya aceptación instantánea e intrépida trae una manifestación instantánea de Su plenitud. Sin embargo, cuán hermoso es que Él, con amor y paciencia, conduzca a las almas más tímidas y encogidas por la escalera de oro de la vida entregada, hasta que, paso a paso, ellas también hayan alcanzado esa altura alegre, que otros conquistan.

MI CONSAGRACION

Creo que Jesucristo está morando en mí por su Espíritu porque la Palabra de Dios lo dice. ([2 Corintios 13: 5](#)) - ([1 Corintios 6:19](#).)

Creo que está buscando cumplir su propósito a través de mí. ([Efesios 2:10](#)) - ([Juan 15:16](#).)

Me doy cuenta de que mi vida debe ser entregada a Él para que pueda lograr este propósito. ([Romanos 6:13](#).)

Escucho su llamado para mí: “*Te ruego... presenta a tu cuerpo un sacrificio vivo... a Dios*” ([Romanos 12:1](#)).

Ahora escucho esa llamada.

Este día definitivamente consagro mi vida al Señor Jesús para confiar, obedecer y servirle lo mejor que sé mientras la vida dure. Y oro para que en adelante me permita vivir una vida de fe, amor y devoción hacia Él aquí, como desearía haber vivido cuando lo veo cara a cara allí.

Fecha:

Firmado:

Esto no es una promesa. Es una ofrenda voluntaria. ¿Conoces la oferta suprema de libre albedrío que puedes llevar a Jesucristo en respuesta a su indescriptible sacrificio por ti? Es usted mismo. La mayor tragedia del tiempo y la eternidad es un ALMA PERDIDA.

El siguiente más grande es una VIDA PERDIDA. Me refiero a la de un cristiano cuya alma se salva pero cuya vida se vive para el mundo y para sí mismo en lugar de para Cristo. Para cada hombre en Cristo Jesús, Dios tiene un propósito, un plan y un lugar. Los encontrarás a todos cuando consagres tu vida a Él. Y, oh, lo que extrañarás tanto por el tiempo como por la eternidad al vivir esa vida por el mundo.

No firme esta tarjeta a menos que lo diga en serio. A solas con Dios en el lugar tranquilo. Piénsalo bien y reza. Y luego decida deliberadamente si usted, un hijo redimido de Dios puede permitirse el lujo de vivir esta vida efímera suya aquí FUERA DE LA VOLUNTAD Y EL PROPÓSITO DE DIOS PARA ÉL. Eso es supremamente lo que significa la consagración. Es presentarle a su cuerpo un sacrificio vivo a Jesucristo para vivir Su gloriosa voluntad por él en lugar de su propio egoísmo y egocéntrico. ¿Qué le dirás acerca de [Romanos 12:1](#), cuando lo encuentres en la gloria?

III. El secreto de su constante manifestación

Permanece en mí y yo en ti. Como la rama no puede dar fruto de sí misma, excepto que permanezca en la vid; ya no podéis, salvo que moren en mí. [Juan 15:4](#) Yo soy la vid, vosotros sois las ramas: el que permanece en mí, y yo en él, da mucho fruto; porque sin mí no podéis hacer nada. [Juan 15:5](#)

Llegamos ahora a la última fase del triple secreto del Espíritu Santo. Su importancia será reconocida en el siguiente tipo de experiencia, no es infrecuente entre los creyentes. Un hijo de Dios, traído por el Espíritu bajo la convicción de esta verdad, ve el reclamo de Dios sobre su vida, y lo pone a sus pies, un sacrificio vivo. En respuesta a esa rendición, le llega de Dios una plenitud de poder, bendición y vida espiritual, más allá de sus más preciadas imaginaciones, y su espíritu se regocija en las riquezas de su experiencia más plena.

Tan manifiesta es la presencia del Espíritu en su corazón; está tan conscientemente lleno de Su vida, que siente como si hubiera alcanzado un nuevo estado de poder espiritual y experiencia que nunca se iría ni disminuiría. Pero, poco a poco, llega un cambio. El brillo de la experiencia parece atenuarse; su poder comienza a disminuir; su manifestación para disminuir. Todavía continúa “*reclamando*” lo que siente que se ha ido; profesa lo que no posee, con la esperanza de que esto pueda traer de vuelta la “*bendición*.”

Pero al final se derrumba en la desesperación, y en adelante se refiere a todo esto como a una experiencia perdida, una bendición que una vez disfrutó, pero que ahora ha huido. En tal caso, demasiado común, ¿qué ha sucedido? No es que el Espíritu haya dejado de residir en tal creyente; pero ha dejado de revelarse en su antigua plenitud. No se trata de la morada perdida, sino de la manifestación perdida. El Bendito no se ha ido, pero la bendición sí. La manifestación de la plenitud del Espíritu fue perfectamente satisfactoria para él en especie y grado, pero no en permanencia. Falló en la continuidad, desvaneciéndose lentamente como el rubor del crepúsculo en un cielo al atardecer. ¿Y por qué? ¿Cuál es la explicación de este incumplimiento en la continuación de la manifestación?

En Juan 14:21 Cristo declara las condiciones generales de la manifestación del Espíritu, cuando dice: “*El que tiene mis mandamientos y los guarda, me manifestaré a él.*” Claramente refiriéndose aquí a la manifestación de sí mismo a través del Espíritu, declara, como una gran verdad universal, que las condiciones de esa manifestación son el cumplimiento de sus mandamientos, es decir, como veremos más adelante, no los mandamientos de la Ley, pero las de Gracia, - Fe y Amor - que cumplen la Ley. En otras palabras, Cristo simplemente afirma que la manifestación de Dios viene a aquel que hace la voluntad de Dios. Así, cuando el individuo en el caso citado era un pecador, la voluntad de Dios para él como hombre no salvo era arrepentirse y creer en el Señor Jesucristo, para la salvación de su alma. Esto lo hizo, y de inmediato llegó la manifestación de Dios en la conversión; el Espíritu, como hemos visto, fue recibido y entró para morar para siempre.

Y ahora, a medida que pasa el tiempo, ve que hay dentro de él una vida propia que es enemistad con la vida de Dios, una voluntad propia que se opone a la voluntad divina, y que la voluntad de Dios para él es renunciar a todo. voluntad propia, y el entregarse totalmente a Dios para hacer su voluntad. Esto también lo hace, y de inmediato llega, en la consagración, una poderosa manifestación de Dios, en la plenitud de ese Espíritu que ya fue recibido.

A estos dos actos de hacer la voluntad de Dios, Dios respondió manifestándose al creyente, tal como lo había prometido. Pero ahora, en lugar de detenerse aquí, y reclamar “*la bendición,*” y tratar de vivir el resto de su vida en su experiencia pasada, el creyente debería haber insistido en esta verdad aún, que desde la manifestación del Espíritu viene a él quien hace la voluntad de Dios, la manifestación continua del Espíritu solo puede venir a aquel que continuamente hace la voluntad de Dios. Es decir, aunque estos tiempos de manifestación provienen de estos actos de hacer la voluntad de Dios, la constancia de la manifestación solo puede venir de una acción continua, una vida diaria en la voluntad de Dios. Por lo tanto, la rendición de la vida es solo el comienzo de una vida de rendición.

El acto de consagración debe encarnarse en una vida de consagración, si la bendición iniciada debe continuar con la bendición. Porque la consagración es más bien el umbral, que el clímax, de la plenitud del Espíritu. No es tanto una estrella, que, una vez fijada, iluminará para siempre nuestras vidas con su resplandor, sin más cuidados de nuestra parte, ya que es una puerta, que debe mantenerse constantemente abierta, si entra la luz en su desprestigio es continuar. Y es justo aquí donde el creyente que está de luto por una “*experiencia perdida*” ha fallado. Ha aprendido el primer y segundo secreto del Espíritu Santo, pero no el tercero y el último.

Ha recibido el Espíritu Santo, a través de la unión con Cristo; ha sido lleno del Espíritu Santo, mediante la rendición a Cristo; pero aún no conoce la manifestación constante de ese Espíritu, a través de permanecer en Cristo. Ha colocado el clímax de su experiencia cristiana en la Consagración, en lugar de permanecer. Ha recibido “*la plenitud*”: reclamó la “*segunda bendición*”: “*se hizo perfecto*” y luego hizo lo que ningún hombre o mujer mortal se atreve a hacer: se detuvo y descansó sobre una supuesta experiencia obtenida. reteniendo “*la bendición*” que le ha llegado, se detiene ante el secreto final y supremo de su retención: el secreto de permanecer en Cristo.

Está engañado, confundido y decepcionado, porque no ha podido ver que un hombre pueda haber recibido el Espíritu, ha sido lleno del Espíritu y, sin embargo, no. La necesidad de permanecer surge de la doble naturaleza del creyente: una verdad ya considerada en otra conexión. Si, cuando la nueva vida del Espíritu llenó al creyente en la rendición, la vieja vida de la carne se desvaneció, entonces el creyente no necesitaría aprender el secreto de permanecer.

Pero este no es el caso. Es verdad, nuestro viejo hombre ha sido crucificado. “*Pero él está crucificado en Cristo, y es solo cuando permanecemos en Cristo que nos damos cuenta de esta crucifixión y esta vida de resurrección.*” La carne aún permanece en el creyente. De lo contrario, ¿por qué es él? constantemente exhortado a caminar en el Espíritu? y no caminar en la carne? No debe caminar en ella, y no necesita caminar en ella, pero el hecho de que puede caminar en ella, y a menudo camina en ella, prueba que está allí.

Y al estar allí, debe ser evidente que cada vez que se rinde a la carne y camina en la carne, el que frustra y controla la manifestación del Espíritu. Es muy necesario que esto sea cierto, porque Dios no puede manifestar Él mismo a través de la carne. La mente de esa carne es “muerte:” es “*enemistad con Dios:*” es el enemigo más amargo del Espíritu. Por lo tanto, en la medida en que el creyente camina en la carne, sí, en cada acto que hace en la carne, la manifestación del Espíritu debe cesar hasta ahora. Para que el Espíritu haga cualquier otra cosa sería para Dios t o poner su aprobación divina sobre los actos realizados por lo que odia y ha condenado a muerte: la carne. Sería no solo dejar que la carne “*se gloríe en su presencia,*” sino que sería dar la gloria de su propia presencia santa a la carne. Sería como llevar la gloria de Shejiná al templo contaminado de una deidad pagana: como glorificar a Dagón con el halo de la divinidad, en lugar de golpearlo con el golpe del juicio divino. A pesar de que un hombre ha sido lleno del Espíritu en la rendición, Dios no puede poner su sello en una vida de no conformidad con su voluntad, al continuar a través de ella necesito aprender a caminar en el Espíritu.

Una manifestación del Espíritu debido a un acto pasado de obediencia. El creyente necesita claramente ver esto. Necesita comprender que, dado que la manifestación le llega al que hace la voluntad de Dios, cada vez que hace la voluntad de la carne, esa manifestación debe ser nublada. Hay una condenación consciente en el corazón del creyente cada vez que se rinde a la carne; una sensación consciente de oscurecimiento interior, como si una nube hubiera pasado entre él y Dios, y apagara la luz de la cámara más interna de su alma.

La carne es un velo entre el creyente y la presencia consciente de Dios, y cada vez que entra, cuelga ese velo. Es este mismo conocimiento que estas recaídas en la carne ocultan el semblante de Dios, lo que engendra en el creyente que la vigilancia para morir diariamente, para desanimar al anciano, para acercarse más y más al lado de Cristo, eso es así. enfatizado por Pablo como la condición final de la vida bendecida. No es que tal acto hecho en la carne, tal recaída en la carne, le cueste el alma. La cuestión aquí en cuestión no es la de la salvación de Cristo, sino la de la comunión con Cristo. El hijo que ha cedido a un acto de desobediencia no pierde su filiación. Pero hay tensión, pena y comunión rota en el círculo familiar.

La filiación es tan segura como la sangre de Cristo, y la omnipotente mano del Padre puede lograrlo. Pero la comunión con Dios es como la cara de un delicado espejo: incluso el aliento de la vida carnal en él condensará las nubes lo suficiente como para sombrear la presencia brillante. ¡Cuán tonto es para un hijo de Dios confiar en cualquier “*experiencia*” o manifestación del Espíritu pasada, cuando ve que el primer paso que puede dar en la carne nublará esa manifestación! ¡Y cuán necesario es que siga adelante! aprenda el secreto final de permanecer en Cristo, que solo puede enseñarle cómo estas “*rupturas*” en la comunión se volverán cada vez menos, hasta que por fin haya aprendido a caminar en el Espíritu y alcance la feliz consumación, donde “*la ley de El espíritu de vida en Cristo Jesús me ha liberado de la ley del pecado y de la muerte.*”

Nada dentro de las páginas de la Palabra de Dios da una enseñanza más útil sobre las verdades del Espíritu Santo que la parábola de la vid y las ramas. No solo es maravillosamente claro y simple, sino que comprende todo el triple secreto del Espíritu. Imagine una rama, injertada en la vid, en la primavera. Tan pronto como se completa la unión, la rama recibe la vida de la vid, que comienza a latir a través de ella. Esto ilustra que el creyente recibe el Espíritu Santo, a través de la unión con Cristo por fe, en el momento de su conversión. Supongamos ahora una obstrucción en los canales de la rama, que verificó el flujo de savia, de modo que aunque la rama había recibido, aún no estaba llena. En el momento en que esto se elimina, la rama se archiva con la vida de la vid.

Esto representa al creyente que en verdad recibió el Espíritu Santo, pero, por una voluntad y vida no cedidas, seguramente está obstaculizando la plenitud de esa vida que seguramente recibió. Tan pronto como se entrega por completo a Dios, se llena del Espíritu que ya recibió. Ahora aquí se detiene con demasiada frecuencia. Intenta vivir de una experiencia pasada. Pero la rama no, sí, no se atreve. Porque no es suficiente que la rama reciba la savia de la vid en el injerto; o que se llenó con él el día que se entregó por completo a él.

Pero, cada día y cada hora de su existencia, debe continuar recurriendo, momento a momento, a la vida de su vid nutritiva. No solo debe dibujar en esa vid para el nacimiento y el brote, sino también para la hoja, fibra, madera, floración y fruto final. Debe permanecer en la vid. Hoy no se atreve a confiar en la plenitud de ayer. No se atreve a dibujar en la vid un día, y no lo hace al siguiente. Si así fuera, entonces, cuando llegara la cosecha, no habría fruta. Debe permanecer en la vid. La aplicación al creyente es evidente. Debe aprender este secreto final. Porque *“como la rama no puede dar fruto de sí misma, sino que permanece en la vid; no podéis más que permanecer en mí.”*

3. La naturaleza de permanecer. ¿Y ahora qué es permanecer en Cristo? ¿Qué quiere decir exactamente Cristo cuando usa estas palabras para describir el secreto final del Espíritu Santo? ¿Cómo debemos permanecer en Él para que podamos conocer el gozo de Su promesa, “y yo en tí” Si se alcanza el clímax de la vida cristiana aquí, como es seguro, cuán importante es para nosotros no tener valor, y nociones indefinidas, pero conocimiento claro y bien definido de lo que significa este término. Los hombres, es cierto, han escrito hermosos ensayos sobre Permanencia: la poesía religiosa está llena de descripciones: se han pronunciado pensamientos ricos y hermosos.

Sin embargo, de alguna manera todos ellos han sido vagos, sombríos y místicos, en vista de nuestro sincero deseo de saber qué es Permanecer, para que podamos encarnar prácticamente su verdad supremamente importante en nuestra vida cotidiana. La dificultad aquí, como siempre, es que buscamos los pensamientos de los hombres, en lugar de los pensamientos de Dios, acerca de la verdad. Ignoramos la regla más importante del estudio de la Biblia, a saber: - cuando encontremos una frase de significado desconocido, preguntemos a Dios, quien escribió el Libro, lo que quiere decir con eso, en lugar de buscar la opinión del hombre sobre Es decir, con respecto a cierta oscuridad en una parte de la Palabra, busque encontrar alguna otra porción de esa Palabra que la aclare.

Lo mucho que hemos menospreciado la palabra de Dios, a este respecto, está bien ilustrado por el mismo término que estamos considerando. Durante todo el tiempo que los hombres han estado a tientas, espiritualizando y teorizando acerca de la hermosa verdad de la permanencia, ha habido en nuestros propios rostros la definición que Dios mismo le da, tan clara, simple y práctica como solo Él podría hacerlo. Lo encontramos en **1 Juan 3:24**. *“Y el que guarda sus mandamientos permanece en él y él en él”* (R. V. en inglés). ¡Qué extraño que nos hayamos perdido tanto tiempo!

Es la misma verdad simple que la de la Manifestación. (**Juan 14:23**.) ¿Y por qué? Porque no se trata de salvación sino de comunión. No afecta nuestra seguridad sino nuestro caminar en Cristo. No creer en Cristo nos cuesta nuestras almas; pero el hecho de no permanecer en Él, después de creerlo, nos cuesta nuestra comunión consciente con Él, oculta la manifestación de Su presencia. Permanente expresa en una sola palabra las condiciones de Manifestación, tratadas en un capítulo anterior. Porque, *“al que guarda mis mandamientos me manifestaré”* (**Juan 14:23**); pero *“el que guarda mis mandamientos permanece en mí”* (**1 Juan 3:24**): *“por lo tanto, es al que permanece que yo manifeste yo mismo.”* La lógica de esto es clara. Por lo tanto, permanecer es el constante mantenimiento de Sus mandamientos, en respuesta a lo cual Él se manifiesta en constante comunión con Sus hijos.

Pero alguien dice: *“Si mi permanencia en Cristo depende de que guarde la multitud de mandamientos en Su Palabra, entonces nunca puedo alcanzarla, porque ni siquiera puedo recordarlos a todos, mucho menos guardarlos, y así debo desesperarme de aprender esto. secreto final del Espíritu Santo.”* No es así, amados. Volvamos a Su Palabra en **1 Juan. 3:23**: *“Y este es Su mandamiento, que creamos en el nombre de Su Hijo Jesucristo, y que nos amemos los unos a los otros,”* como Él nos dio el mandamiento: *“Para nosotros, que estamos bajo la gracia, todos los mandamientos se cumplen en este gran doble mandamiento de Fe y Amor: la fe que obra a través del amor.”* Hemos llegado a una verdad tan importante que merece toda la consideración orante que somos capaces de darle, en los dos capítulos restantes de esta serie, y solo a ella, en conclusión, cederemos sus límites.

Permanencia

Hemos visto que Cristo se manifiesta, por medio del Espíritu Santo, al que hace su voluntad, es decir, al que guarda sus mandamientos. También hemos visto que el constante mantenimiento de Sus mandamientos es lo que Él llama permanecer en Él, y que no trae Su entrada o morada, ambas ya efectuadas en el creyente, sino esa constante revelación de Sí mismo a través del Espíritu. por lo cual cada corazón creyente anhela. También hemos visto que todos estos mandamientos, cuyo cumplimiento constituye la Vida Permanente, están encarnados en el gran doble mandamiento de Fe y Amor. Tomamos en este punto, entonces, el lado de la Fe de la Vida Permanente; La primera mitad del gran mandamiento de [1 Juan 3:23](#), cuyo mantenimiento continuo es darnos el deseo final de nuestro corazón: es constituir aquello que permanece en Él que trae Su permanencia en nosotros.

¿Qué es, entonces, esta Fe que comprende una parte tan integral e importante de la Vida Permanente? ¿Difiere de la fe a través de la cual somos justificados, a través de la cual recibimos el perdón de los pecados y el don del Espíritu Santo? ¿Si es así, cómo? Respondemos que su esencia es la esencia de toda fe, mirar a Jesús. Pero es, no tanto la diferencia, sino la ampliación, nuestro primer conocimiento de la fe es que es una constante búsqueda de Jesús para la manifestación continua del Espíritu: incluso, al principio, fue un acto de mirar hacia Jesús por la entrada de ese Espíritu. Para aclarar este pensamiento, notemos dos puntos:

Primero. El creyente en sí mismo está espiritualmente MUERTO. *“En mí, eso está en mi carne, no mora el bien.” “Porque estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Colosenses 3:3)*. El creyente no tiene vida espiritual en sí mismo, aparte de Cristo Jesús. Él tiene vida física, vida del alma, pero no vida divina, aparte de Cristo. El simple hecho del nuevo nacimiento es una prueba aplastante de esto. Tan inútil en sí mismo es su muerte espiritual que debe haber un nuevo nacimiento. Su antigua vida no puede ser reformada, ni mejorada, ni utilizada de ninguna manera por Dios.

No hay ningún proceso, ni siquiera de la alquimia divina, por el cual el metal base de *“la carne”* pueda ser transmutado en el fino oro de *“el Espíritu.”* Debe nacer de nuevo, nacido de Dios, nacido de nuevo, nacido de arriba, nacido del Espíritu. La vida que viene a él es una vida nueva; no es la suya, sino la vida de Dios en Él. No es un hombre mejorado por la carne, sino un hombre habitado por Dios. No es que tenga una vida mejor que la que posee el pecador, sino otra vida nueva, que el pecador no posee en absoluto. No está llamado a tratar de enmendar, sino a posponer al *“viejo hombre.”* Dios tiene la misma sentencia para la vieja vida en él que en el pecador, es decir, la condenación.

Segundo. Jesucristo es vida espiritual. *“Yo soy el camino, la verdad, y la Vida.” “Cuando Cristo, quien es tu vida, aparecerá.” “Dios nos ha dado vida eterna, y esta vida está en su Hijo.” “El que tiene al Hijo, tiene la vida: y el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida.” “En él estaba la vida.”* ese pan de vida; *“Les doy vida eterna.”* Así, aunque el creyente está espiritualmente muerto en sí mismo, Cristo es vida espiritual.

Y el creyente recibe la vida, no como un regalo aparte de Cristo, sino por el regalo de Cristo. Jesucristo no imparte tanto la vida como la vida. Es decir, la vida espiritual llega al creyente por la llegada de Cristo, quien es la vida. Así, la vida espiritual en el creyente no es suya; es Cristo morando en él. El creyente nunca recibe un don de vida espiritual que ahora es su propia posesión, independiente y separada de Cristo: recibe a Cristo mismo para morar en el poder del Espíritu.

Por lo tanto, el creyente es retratado como un hombre en sí mismo espiritualmente muerto, morado en el Espíritu por Jesucristo, quien es su vida espiritual. Esa vieja naturaleza es tan muerta en el creyente después de la conversión como lo era antes. Debe considerarse como completamente inútil. Su mente carnal es *“muerte”*, es *“enemistad con Dios”*, y de ninguna manera está sujeta a Dios, o es susceptible de mejora espiritual en el creyente, más que en el pecador.

Por lo tanto, la única esperanza del creyente es renunciar a su propia vida propia, como completamente desesperada, y comenzar a mirar únicamente la vida de Cristo dentro de él. Aquel cuya naturaleza es

pecaminosa solo puede mirar a Aquel que no tiene pecado; el que es debilidad debe mirar al que es fortaleza; el que está vacío debe mirar a Aquel que es toda plenitud; El que está muerto debe mirar a Aquel que es la vida. Entonces, su nueva vida no debe ser un “yo” mejorado, sino que *“ya no soy yo, sino Cristo, que vive en mí, y esa vida que ahora vivo en la carne, yo vivo en la fe.”* (Gálatas 2:20) Pablo descubre que no solo está justificado por la fe, sino que *“el justo debe vivir por la fe:”* no solo que ha recibido el Espíritu, sino que debe caminar en el Espíritu.

Ha alcanzado la concepción más amplia de la fe que el creyente puede comprender, al alcanzar la fe a través de la cual no solo nacemos de Dios, sino también la fe a través de la cual vivimos en Dios: la fe de permanecer. ¿Qué es entonces esta fe? Es esa actitud habitual por la cual quien, en sí mismo está espiritualmente muerto, está constantemente mirando, y recurriendo diariamente y cada hora, a la vida de otro: la plenitud de la vida de Jesucristo dentro de él. Esta es la vida de fe; Este es el camino en el Espíritu; esto permanece en el lado de la Fe.

Con la fe en este amplio alcance del término, la palabra de Dios tiene mucho que decir, y parece nunca cansarse de enfatizar su suprema importancia. *“Después de la misma manera en que habéis recibido a Cristo Jesús, así que andad en él,”* es una de las verdades que Pablo busca fervientemente presionar a sus oyentes. ¿Y cómo lo recibimos así? ¿No fue por cesar de todas nuestras obras de justicia propia? ¿No fue al llegar, en la desesperación, al final del esfuerzo propio, y la auto justificación, y arrojarnos, con la mayor confianza indefensa, sobre Jesucristo, y solo sobre Él? ¿Podríamos, por cualquier esfuerzo posible de nuestra parte, lograr el perdón de los pecados y la reconciliación con Dios? ¿Podríamos borrar una sola mancha de la multitud que enrojeció nuestras vidas pecaminosas? No: porque *“sin derramamiento de sangre no hay remisión de pecados,”* por lo que, por fuerza, tuvimos que arrojarnos, en fe absoluta e indefensa, sobre Jesucristo para lograr lo que posiblemente no podríamos comprender. Fue así como recibimos a Cristo Jesús.

Ahora, de la misma manera, debemos caminar en Él. Pero una caminata es simplemente un paso reiterado. Por lo tanto, así como dimos el primer paso de la fe impotente en Cristo solo para recibir el Espíritu, también debemos dar cada paso en nuestro caminar, nuestra vida con Él, para la manifestación constante de ese Espíritu. ¿Deseamos poder? Debemos buscarlo cada vez que sea necesario. ¿Anhelamos el amor? Debemos mirar a Él por el suyo, porque el nuestro es frío y egoísta. ¿Deseamos la unción para el servicio? Debemos mirar a Él, renovadamente, en cada repetición de tal servicio. ¿Necesitamos orientación, sabiduría, tacto, gentileza, paciencia, paz, alegría? Debemos buscarlo todo. Tenga en cuenta esta misma verdad debajo de la superficie de Romanos 6:4, *“Que así como Cristo fue resucitado de la muerte por la gloria del Padre, así también nosotros debemos caminar en una nueva vida.”*

Aquí se hace la declaración de que nuestro caminar cristiano en la nueva vida debería ser como Cristo resucitó de entre los muertos. ¿Podemos concebir una imagen más perfecta de impotencia que un hombre muerto? Cristo estaba, en cuanto al cuerpo, muerto. Ese cadáver no podía por sí mismo reír, moverse, respirar o revolverse; en sí mismo era completamente impotente. Pasó hora tras hora y yacía en la tumba, al alcance de la muerte, sin poder en sí mismo para levantarse, pero esperando el toque de Dios Padre. Luego vino el poderoso avivamiento de la resurrección, por el cual *“Dios lo levantó de los muertos.”* Cristo no resucitó a sí mismo: no fue designado así: fue resucitado por otro, el Padre. Ahora, de esta misma manera, el creyente debe caminar en la nueva vida.

Debe darse cuenta de sí mismo como muerto e indefenso, y es estar mirando a diario y cada hora, y dependiendo de otro, incluso de Jesucristo, incluso del Espíritu Santo dentro, para cada paso de su caminar *“en la novedad de la vida,”* tal como lo hizo para el primer paso en el mismo. Amados, ¿nos damos cuenta de que nuestro caminar en el Espíritu debe ser una vida de fe constante y momentánea, tan segura como lo fue nuestra salvación por un acto de fe? ¿Que no solo debemos ser regenerados por la fe, sino vivir por la fe? ¿Creemos que Cristo quiso decir exactamente esto cuando dijo: *“Aparte de mí no podéis hacer nada?”*

Atrévase a dirigir esa reunión: escriba ese papel o carta: escriba esa dirección: entregue ese tratado: hable con esa alma acerca de Cristo: haga esa decisión: da el siguiente paso: - ¿nos atrevemos a hacer algo sin esa rápida elevación de fe hacia Aquel en quien solo habita la vida espiritual? ¿Hemos encarnado este hecho de nuestra propia insuficiencia en nuestro caminar cristiano diario? ¿Nos damos cuenta de que esto no es simplemente un tema para ensayos religiosos, o un tema bastante místico para las conversaciones de reunión de oración, pero está destinado a ser la verdad más intensamente práctica que Cristo puede dar a ti, y estar inmerso en cada acto, cada palabra, cada pensamiento. ¿constantemente mirando al Cristo que mora en él? Ese yo es digno de toda desconfianza, y Cristo es digno de toda confianza que conocemos.

Pero ¿lo estamos viviendo? “*Aparte de mí no podéis hacer nada*” se ha convertido en parte de nuestra vida y también de nuestro credo? “*Es el Espíritu que acelera*” (hace vivo), “*la carne no aprovecha nada*” Solo el Espíritu puede dar vida; solo el Espíritu puede engendrar hombres y mujeres de entre los muertos. Las palabras pronunciadas, las oraciones pronunciadas, los actos realizados solo en la energía de uno mismo no tienen poder de germinación espiritual. Si esto es cierto, ¿cuántas de nuestras obras son “*obras muertas*?”

Excepto que el Espíritu hable a través de nosotros, ore a través de nosotros, trabaje a través de nosotros, no habrá alivio en quienes nos rodean. El sermón entregado con orgullo del intelecto, o la precipitación de la mera elocuencia humana, puede excitar el intelecto, despertar admiración o agitar la emoción, pero no puede transmitir la vida. Y nada más que la vida puede engendrar vida, porque “*Es el Espíritu el que vive.*” “*No tengo que reprocharme a menudo por no servir, pero lo hago a menudo por servir sin ungir,*” dijo un notable trabajador cristiano. Ministerio sin el Espíritu, ¿de qué valor es? La respuesta es siempre la misma: “*la carne no aprovecha nada*” y demuestra cuán solemne es nuestra responsabilidad de vivir la vida permanente; la vida de desconfianza constante de uno mismo, y la dependencia constante del Espíritu que mora en nosotros.

La necesidad de una vida tan duradera puede ilustrarse en una lección objetiva de observación diaria. Hay dos sistemas de funcionamiento de autos eléctricos hoy en día. Por un lado, la energía se acumula en las baterías de almacenamiento, de una cantidad suficiente para hacer funcionar los automóviles un número definido de horas o millas. Dichas baterías, una vez cargadas, se convierten por un tiempo en fuentes independientes de energía y luz, y el automóvil es en sí mismo un agente potencial y autopropulsado, que no necesita ayuda externa.

Pero hay otro sistema, el carro, que difiere totalmente del primero. En esto, el automóvil es una cosa muerta, indefensa, sin poder alguno de autopropulsión. Pero por encima pasa el delgado cable de acero, emocionante con la vida que constantemente late a través de él desde la distante central eléctrica. En el instante en que el automóvil indefenso alcanza y toca esa corriente aérea, se convierte en instinto de vida, potencia y movimiento. Ahora, no es su propia vida y poder, sino el de otro, y en el momento en que deja de tocar el cable “*vivo*”, ese momento se convierte en la misma masa inmóvil e inmóvil. Su continuidad en el lugar del *poder* depende totalmente de su constancia de contacto.

La lección es obvia. Aun así, los hijos de Dios deben mantener un contacto constante, momentáneo e incesante con Jesucristo, si supieran la manifestación continua del Espíritu Santo. Porque Dios no los llena con la batería de almacenamiento, sino con el principio del carro. Él no los acusa de poder independiente, sino que los une en una fe dependiente a Jesucristo, quien está tan acusado. Es Cristo ([Hechos 2:33](#)) quien recibió del Padre la promesa del Espíritu Santo; y es Cristo quien “*ha derramado esto que veis y oís.*” Es en virtud de nuestra unión con Cristo, entonces, que hemos recibido el don del Espíritu Santo.

Y es solo a medida que permanecemos en Él: a medida que nos acercamos más y más a Él: a medida que diariamente sacamos nuestra vida de Él mediante la comunión, la oración y la continua mirada hacia Él, que conocemos la manifestación constante del Espíritu. Dios, por lo tanto, no nos llena como podríamos llenar un balde, con un suministro independiente y separado de la fuente. Nos llena a medida

que la rama se llena de la vid, por unión con ella, y diariamente, cada hora, recurriendo a ella, por cada parte de su suministro.

Y así, el que mira a Jesús constantemente no carecerá de bendiciones y bautismos, pero el que mira a las bendiciones y bautismos a menudo perderá el control sobre Jesús. El Señor quiere mantenernos en este lugar de dependencia. Él no nos llenará tanto del Espíritu como para que podamos correr por un año, un mes o un día solo. Hacerlo sería hacernos independientes de Cristo: llenarnos de autosuficiencia: inflamos de orgullo: destruir la fe, el fundamento mismo de la vida permanente: y destruir nuestra vida de fructificar en Él. No, amada, nuestra vida espiritual no es la nuestra, sino que proviene de otra. La autodependencia significa esterilidad; La dependencia de Cristo trae plenitud.

“Están muertos y su vida está escondida con Cristo en Dios.” Así como, escondidos en el corazón de la ciudad, hay grandes dinamos que palpitan con una vida maravillosa que envían a cientos de autos indefensos y en espera, así que, escondido en Dios, está la vida divina que Él, el Padre, derrama. el hijo. El que permanece en él siempre será fructífero y pleno; El que trata de vivir en sus propias bendiciones y experiencias pasadas, pronto lamentará su esterilidad y vacío.

Tenga en cuenta aquí que esta permanencia no es un término de pie, sino de estado. No precede a la salvación, la presume. Un hombre en Cristo tiene el Espíritu en virtud de su unión; pero muchos hombres en Cristo pierden la manifestación del Espíritu por el fracaso de la comunión. Muchos cristianos tienen razón en pie, pero están equivocados en estado; seguro de salvación, pero flojo en caminar y comunión.

En tal, la esterilidad de la vida y la impotencia en el servicio indican la salvación no perdida en Cristo, sino la comunión perdida con Cristo; no se pierde la justificación, sino la manifestación perdida; no la pérdida de la fe salvadora, sino la pérdida de la fe permanente en el sentido ya utilizado. El simple pensamiento de esta fe de permanecer es el de mirar constantemente a Jesús por nuestra vida espiritual. Estas tres palabras, mirando a Jesús, representan perfectamente la postura del alma que permanece en Cristo. La luna sigue mirando al sol, por cada brillo de su reflejo reflejado; la rama sigue mirando a la vid, por cada ápice de su vida y fruto; la fuente de agua potable sigue mirando hacia el depósito de abastecimiento, por cada gota de agua que debe verter a sus visitantes sedientos; la luz del arco sigue mirando a la gran dinamo, por cada rayo de la corriente de luz con la que inunda la oscuridad de medianoche.

Aun así, el hijo de Dios que dominaría el secreto final del Espíritu Santo, el secreto de su manifestación constante debe seguir mirando a Jesús, momento a momento, hasta que esa permanencia en la fe se convierta en la actitud constante de su alma. Puede ser, sí, será difícil, al principio. Encarnar este principio de mirar a Cristo solo en cada detalle de nuestras vidas significa mucho para todos nosotros. Para silenciar el clamor de voces carnales; no apoyarse en el entendimiento carnal; para sofocar la energía de la prisa carnal; desconfiar de todos los planes no realizados en o desde la oración; imponer la mano de una fuerte restricción sobre cada impulso, hasta que se demuestre, mediante una oración de oración, que es de Dios; no solo decir que no hay confianza *“en la carne, sino no vivir confianza”* es una actitud que no se alcanza con facilidad y de una sola vez.

Pero será nuestro; Jesús lo ha ordenado ([Juan 15:4](#)), y todos sus mandamientos son habilitantes. Y como a partir de nuestros mismos fracasos para cumplir, la profunda necesidad de permanecer se hace más manifiesta, incluso, cuando lo buscamos a él por el poder de cumplir, llegaremos por fin a ello. Y luego, realmente aceptando y practicando nuestra propia impotencia, mirar a Jesús por fortaleza y encontrarla; mirar a Él para que lo guíe, y ver con nuestros propios ojos las maravillosas formas en que él guía; mirar a Él para la unción, y ser tan conscientes de la graciosa presencia del Espíritu como lo somos de nuestra propia identidad; mirarle a Él para que dé fruto, y sorprenderse del fruto que Él puede llevar a través de las ramas como nosotros, ¡cuán precioso es todo este fruto de la Vida Permanente!

Amados, ¿estamos tan insatisfechos con nosotros mismos como para sentir la necesidad suprema de Cristo solo? ¿Nos damos cuenta de que en nosotros mismos somos hombres y mujeres muertos? El

hecho mismo de que un hombre debe ser cuerno otra vez; - ¿Nos damos cuenta de que esto es en sí mismo la acusación más tremenda contra, y la prueba de la inutilidad total de nuestra propia vida natural, de que un Dios santo podría ponerse en contra de nosotros? ¿Hemos aceptado las consecuencias lógicas de la regeneración, en su relación con la vida santa? ¿Nos damos cuenta de nuestra necesidad de vivir en Dios, además de ser cuernos de Dios? ¿Somos conscientes de nuestra necesidad de permanecer? ¿Estamos “siguiendo después”, permaneciendo? Seguramente su recompensa es rica, porque Él mismo ha dicho: “¡Permaneced en Mí y Yo en vosotros!”

Hemos visto la verdad de permanecer, en el lado de la fe. Hemos visto cómo el creyente debe seguir mirando a Cristo, día a día, por su vida espiritual: debe mantenerse en contacto constante y horario con Él: debe, por una vida de oración, comunión y confianza, seguir atrayéndolo momentáneamente “*en quien habita toda la plenitud de la Deidad corporalmente.*” Pero, como hemos visto, “*el que guarda sus mandamientos*”, él es el que permanece en él. Permanecer es guardar Sus mandamientos. Hay más de uno. No solo hay “*creer en el nombre de su Hijo Jesucristo*”, sino “*amarse los unos a los otros*”: no se cree solo fe sino amor. (1 Juan 3:23.)

Por lo tanto, permanecer no es solo comunión, sino ministerio: no solo entrada, sino salida: no solo una actitud hacia Dios, sino también hacia los hombres: no solo mirar a Jesús, sino amar a los demás. Él, por lo tanto, quien viviría la vida permanente en toda su plenitud y simetría, y conocería la manifestación de Cristo que se le atribuye, no solo necesita estar constantemente atrayendo por la fe sobre la plenitud de Jesús, para su caminar y vida diaria, pero también debe ser AMAR CONSTANTEMENTE A OTROS EN LUGAR DE AMARSE. Que la manifestación permanente del Espíritu de Dios puede ser solo para aquellos que no. Solo vivir la vida de fe, pero la vida de amor constante se basa en la naturaleza misma de Dios.

1. Dios que es amor - amor a los demás - puede manifestarse solo a aquellos que también están dispuestos a amar a los demás. Dios es amor. Lo vemos como amor en la declaración de su Palabra. “*Dios es amor y el que mora en el amor mora en Dios.*” “*El que no ama no conoce a Dios.*” “*Te he amado con un amor eterno.*” “*Habiendo amado a los suyos, los amó hasta el fin.*” “*Como el Padre me ha amado, yo también te he amado a ti.*” “*Dios amó tanto al mundo que dio a su Hijo unigénito.*” Lo vemos en Dios el Padre, planeando desde la eternidad la salvación de los hombres.

Lo vemos en Dios el Hijo, mientras derramaba su vida incansablemente ministerio para las almas y los cuerpos de los hombres: mientras su corazón agonizaba en compasión por las multitudes, como ovejas sin pastor: mientras soportaba con majestuosa paciencia las burlas y las burlas en la escena del juicio: mientras se inclinaba en agonía bajo los sangrientos golpes del flagelo: como, al final, en su propio cuerpo cargando nuestros pecados en el árbol, su último aliento se gastaba en una oración quejumbrosa por sus asesinos.

También vemos que Dios el Espíritu es amor. ¡Hombres! ¡Qué gentil en la reprimenda! ¡Qué incansable y paciente bajo la resistencia! ¡Qué repugnancia irse, aunque se burlaron y se despreciaron! Su unigénito, para enviar la salvación: el Hijo, que sangró sobre un delincuente. cruz para traer la salvación; y el Espíritu, que durante miles de años ha anhelado y forjado con los hombres la aplicación de la salvación: estos tres son un Dios de amor eterno, sacrificado, inmutable e inagotable: el amor a los demás.

Por lo tanto, la naturaleza misma de Dios, que es Amor, el amor a los demás, requiere para su manifestación una vida que esté dispuesta a amar como Él ama: amarse a sí mismo, sino a los demás. La única forma de asegurar la manifestación de la corriente eléctrica es suministrar el acero, el cable de cobre u otro conductor que su naturaleza exija. Aun así, la única forma de asegurar una manifestación permanente de Dios en nosotros es suministrar el conductor que Su naturaleza exige, en una vida que se rinde para siempre para amar a los demás como Él ama.

La vida de un hijo de Dios, tan rendida para vivir el gran mandamiento “*Amarse unos a otros*”, es tanto un conductor para la manifestación del Dios del Amor, como el alambre de metal es para la

manifestación de la fuerza eléctrica. Porque esta es la ley de la actividad del Espíritu; es la única línea a lo largo de la cual Él operará. ¿Quién esperaría que el Espíritu se manifieste a través de una vida asesina o sensual? Tampoco puede manifestarse a través de una vida cuyo principio rector es el amor a sí mismo, ya que es totalmente desinteresado.

Por lo tanto, cuando Jesucristo declara claramente que la manifestación de Dios es para “*el que guarda sus mandamientos*”, y luego dice: “*Este es mi mandamiento, que se amen los unos a los otros como yo los he amado.*” Él hace la manifestación de Dios en el Espíritu es una necesidad lógica para el que está dispuesto a cambiar el centro de su vida del amor a sí mismo, al amor a los demás, y una imposibilidad lógica para el que no está dispuesto a hacerlo.

2. Por lo tanto, ese hijo de Dios tendrá la manifestación más completa de Dios en el Espíritu que adopta como el propósito y principio deliberado de su vida. EL AMOR DE LOS DEMÁS en lugar del AMOR DEL SER. Esta es la ley a través de la cual actúa el Espíritu, y si él tuviera la manifestación de ese Espíritu, debe aceptar deliberadamente esta ley como la ley de su nueva vida. Es cierto que esta ley del amor es exactamente lo contrario de la ley que toda su vida lo ha estado controlando. ¡Pero ese es el punto! Necesita una ley de acción diferente (“*UN NUEVO mandamiento que te doy*”) porque ahora se está rindiendo a una vida diferente, una vida nueva, la vida del Espíritu.

Y cuando Cristo nos da una nueva naturaleza, Él nos da un nuevo mandamiento. Cuando nos da una nueva vida, nos da una nueva ley de manifestación adaptada a esa vida. Y dado que la nueva naturaleza es el enemigo mortal y exactamente lo contrario de lo viejo, esperaríamos que la ley de su manifestación sería exactamente lo contrario de la ley de lo antiguo, por lo tanto, el creyente que desea la manifestación del Espíritu debe aceptar para el gobierno y la regulación de su vida un nuevo principio, totalmente diferente del que ha dado forma a casi cada acto de su vida pasada, el principio de amar a los demás en lugar de amarse a uno mismo.

¡Y qué cambio de largo alcance: búsqueda de corazón e impresionante es dejar de comprenderlo todo y comenzar a darlo todo, dejar de buscarlo todo y comenzar a entregar todo, dejar de acentuar “*cuidar el número uno*” y comenzar a acentuar “*que cada hombre se preocupe por las cosas de los demás;*” ya no buscar el lugar alto, sino el humilde; apuntar ahora a ministrar, en lugar de ser ministrado; no buscar más, sino evitar la alabanza de los hombres; ya no salvar la vida, sino perderla por otros; no dejar de descansar, disfrutar y estar a gusto, sino sufrir, gastar y gastar para Cristo mismo; todo esto es una inversión completa del principio profundamente arraigado y controlador del corazón humano natural, el principio de amor propio.

¡Para el mundo, la mera sugerencia de tal cosa es asombrosa! Que un hombre debe renunciar deliberadamente a toda búsqueda de sí mismo, alabanza a sí mismo; renunciar a ganar, aferrarse, soñar, esforzarse, esforzarse y maquinarse; y como se entrega deliberadamente a buscar, esforzarse, esforzarse, sufrir, sacrificarse, planear, suplicar, rezar y vivir por los demás, esto es algo que el hombre natural no recibirá. ¡Es monstruoso, impracticable, increíble, suicida! Pero, amados, esto es exactamente lo que hizo Jesucristo, y exactamente lo que tú y yo debemos hacer para conocer la manifestación de su vida dentro de nosotros.

Así como el amor a uno mismo es la primera ley de la naturaleza, el amor a los demás es la primera ley de Dios. Sorprendente, radical y destructivo de todo interés propio como lo es la ley del Amor, sin embargo, el que ceda a ella conocerá a Dios como nunca más podrá conocerlo. Él estará más lleno de la Nueva Vida que cederá más al Nuevo Mandamiento. Este nuevo mandamiento es la expresión suprema de la voluntad de Dios para nuestro caminar terrenal. El que cede a él invierte el principio motivador de su ser. Pero también invierte toda la corriente de manifestación. El que una vez conoció la vida propia en su plenitud, llega a conocer, como nunca antes, la plenitud de la vida de Cristo.

3. El que conocería la manifestación permanente de Dios, necesita permanecer en el Amor. No solo necesitamos aceptar este gran mandamiento como la regla de nuestra vida, sino que debemos llevarlo a nuestra vida diaria en la práctica real. El acto de rendición para hacer la voluntad de amor de Dios no es

suficiente, a menos que sea seguido por una ejecución diaria y por hora de ese gran mandamiento. Y la manifestación de su presencia y amor, que acompaña a la rendición, fracasará en la continuidad, si no vivimos a diario lo que nos entregamos a vivir: la vida amorosa de Dios. De ahí la necesidad de permanecer en el amor. Porque *“el que permanece en el amor, permanece en Dios, y Dios permanece en él.”* (1 Juan 4:16)

Permanecer en el Amor es encarnar la gran ley del Amor de los demás en cada detalle de nuestra vida diaria. No solo se debe renunciar a la vida propia, por un acto solemnemente definido, sino que el hábito del egoísmo debe ser reemplazado por el hábito del Amor. Debemos practicar el nuevo mandamiento en todo, *“siguiendo el Amor”*, como dice Pablo, hasta que se convierta en la ley firme de nuestro ser, en todos sus detalles. Debemos hacer del *“amor mutuo”* la piedra de toque para poner a prueba cada pensamiento, palabra y obra de nuestra vida cotidiana, hasta que todos se ajusten a la ley que era suprema en la vida de Jesucristo mismo.

La reprimenda que administraste ayer a un hermano en Cristo, ¿se hizo con amor o con disgusto? El consejo que diste, ¿se ofreció en amor u orgullo de opinión? La reunión que lideró, la dirección que hizo, ¿estaban enamorados, para ayudar a otros o para agregar a su propia reputación? El dinero que diste, ¿fue en amor a los perdidos, o en orgullo y autoestima? Los comentarios que haces sobre los demás, ¿están enamorados? Los pensamientos que atesoras en tu corazón secreto con respecto a ellos, ¿también están llenos de amor?

Tu dar, gastar, ministrar; tu oración y tu propósito, ¿están todos enamorados? (Esta es la prueba suprema de cada detalle de tu vida, por la cual puedes saber si es *“Dios que obra en ti”* o el Ser. ¡Y qué tan rápido permanecer en el amor se convierte en una condición de la manifestación del Espíritu! pasar un día en esta actitud de amor a los demás, en lugar de amarse a uno mismo. Deje que las palabras sean amables y gentiles; los actos útiles, desinteresados y considerados; las horas llenas de ministerio amoroso y desinteresado; y el corazón, la morada de simpatía, pensamiento amable. Ese día es un día de bendición, y la conciencia de la presencia bendita del Espíritu está en el corazón.

Pero que las palabras sean duras: los pensamientos envidiosos o rencorosos: los actos egoístas: las horas llenas de búsqueda egoísta en lugar del olvido de sí mismo: y quién no conoce el sombreado consciente de la presencia de Dios, la aflicción consciente del Espíritu en esos días y horas. En los elevadores de granos de Occidente hay diferentes compartimentos para los diversos granos. Abra una boquilla, y el maíz dorado lo manifiesta uno mismo en una rica corriente de salida. Abra otra, que conduce a una cámara diferente, y el trigo ámbar brota como una corriente incesante.

Abra otros, y la avena, o la cebada, o el centeno fluirán solos de acuerdo con los canales respectivos a cada uno que se toque. Ahora, dentro de nosotros mora el Espíritu y la carne: la naturaleza de Dios, que es Amor, y la vieja naturaleza, que es egoísta. En el momento en que hacemos un acto, hablamos una palabra, pensamos en un amor, Dios, que es amor, se manifiesta. Pero en el momento en que hablamos con dureza, actuamos con egoísmo y pensamos con envidia, odio o rencor, la Carne se manifiesta. La ley es tan cierta, simple e inexorable como la ley por la cual el tipo de grano manifestado depende del canal específico que se abre. Si cedemos al Amor: voluntad de amar: Amor encarnado: permanecer en el Amor, seguramente seremos bendecidos con la manifestación consciente del Dios que es Amor, porque hemos abierto el canal a través del cual el Espíritu del Amor está obligado a fluir.

Pero si nuestras palabras son amargas: nuestros pensamientos y objetivos constantemente centrados en uno mismo: nuestras acciones puramente egoístas: nuestras vidas centradas en sí mismas y sin amor, entonces la manifestación de la Carne, la vida propia, la vieja naturaleza es tan cierta e inevitable como la manifestación del Espíritu al que camina en amor. Cristo no puede manifestarse a través de una vida de asesinato o robo, eso es evidente. ¡Pero es igualmente evidente para nosotros que Cristo no puede manifestarse a través de ningún acto que sea egoísta o no cristiano! Cada raíz de amargura, cada rendición al egoísmo, cada juicio severo en nuestro caminar diario debe, y necesariamente, rompe la

comuni3n de Cristo con nosotros. ¡Cu3n celosos y cuidadosos debemos ser entonces para permanecer en el amor! Que cada acto se haga en amor a los dem3s.

Evita un acto ego3sta como lo har3as con uno sensual. Huye de un pensamiento o sugerencia poco amorosa como lo har3as con el silbido de una serpiente. Evita las palabras apresuradas y amargas como si hubieras envenenado los dardos o las dagas. Comprenda, lo que asombra tanto al coraz3n natural, que Dios ama, independientemente de su trato por parte de otros: *“Es amable con los ingratos y los malvados.”* Aun as3 deber3amos nosotros. Por lo tanto, si alg3n mal grave, insulto o falta de bondad lo saca de su actitud de amor, no lo justifique, sino que se apresure a confesar y encuentre el perd3n de Aquel que or3 por quienes lo asesinaron, as3 como por aquellos que lo amaron.

Note bien aqu3 que la expresi3n suprema de AMOR es el ministerio, incluso para el sacrificio y la muerte. El amor no es un mero sentimiento: un mero flujo emocional. Es cierto que primero debe estar en el coraz3n, cuya actitud es ser constantemente una de amor por los dem3s. Pero de all3 fluye en el ministerio, en el servicio, en sacrificio por los dem3s. *“Los ni3os peque3os nos dejan amar de hecho y en verdad,”* dice John. *“Por este medio percibimos que amamos a Dios porque  dio su vida por nosotros”* (Juan 3:16) Dios am3 tanto que dio. Sirvi3, muri3, por el mundo perdido.

Esta es la prueba del amor. El resultado inevitable de la vida amorosa interna es el ministerio y el servicio externo. El verdadero amor debe ministrar: el amor de Cristo lo obliga a hacerlo. Sin embargo, recuerde que aquellos que yacen sobre camas de sufrimiento e impotencia, pueden, en las salidas secretas de sus corazones, y en el ministerio de oraci3n por los dem3s, vivir la vida amorosa tan verdaderamente como aquellos que ministran con la mano, la lengua. o bol3grafo. Pues como en dar, as3 es aqu3, que *“si hay primero una mente dispuesta, se acepta, seg3n lo que un hombre tiene y no seg3n lo que no tiene.”*

4. La fe es la puerta de la comuni3n con Dios; Ama la entrada del ministerio a los hombres. El que los mantiene a ambos constantemente abiertos ha aprendido a permanecer en Cristo. El creyente es el templo del Esp3ritu Santo. Ese templo tiene doble puerta. La fe es la puerta abierta hacia Dios; El amor es la puerta abierta hacia el hombre. A trav3s de la fe, la vida divina, por as3 decirlo, fluye hacia nosotros; a trav3s del amor fluye hacia los dem3s.

La fe es el canal de comuni3n con Dios; Ama el canal del ministerio a los hombres. Dios desea no solo verter su vida en nosotros a trav3s de la fe, sino a trav3s de nosotros a los dem3s, a trav3s del amor. El Esp3ritu no solo quiere que lo dejemos entrar, sino que tambi3n lo dejemos salir a los dem3s. No es suficiente para nosotros simplemente recibir el Esp3ritu Santo. No es suficiente tenerlo morando en nosotros. No es suficiente tener Su amor, paz y poder en nosotros mismos, y solo para nosotros mismos. Hay alguien m3s en el universo adem3s de Dios, el dador del Esp3ritu Santo, y nosotros, los destinatarios.

Hay un mundo no salvo, moribundo y que perece, a quien  ama as3 como nos am3 a nosotros. A menos que vean a Cristo a trav3s de nosotros, nunca lo ver3n; a menos que escuchen de  a trav3s de nosotros, morir3n en la oscuridad; a menos que los toque a trav3s de nosotros, nunca conocer3n el toque de su vida y poder. Cuando camin3 por la tierra, constantemente derramaba su propia vida amorosa en sacrificio, ministerio y bendici3n a todo lo que le rodeaba. Ahora,  ya no est3 *“en el mundo,”* pero estamos en el mundo como miembros de Su cuerpo, ramas de , la Vid viva, y anhela continuar derramando esa vida a trav3s de nosotros. La fe es, pues, el canal del flujo divino: ama el canal del flujo divino.

A trav3s de la fe, Dios tiene toda la oportunidad de trabajar en nosotros; a trav3s de Love toda oportunidad de trabajar a trav3s de nosotros. *“La fe que obra a trav3s del amor”* es la forma en que Pablo lo pone en [G3latas 5:6](#). La fe que mira cada hora a Jes3s recibe constantemente su vida vertiginosa, mientras la vierte constantemente a trav3s del amor, la puerta se mantiene abierta hacia los que perecen.  permanece en Cristo que mantiene ambas puertas constantemente abiertas. Ninguno de los dos se atreve a cerrarse.

Cerrar la puerta de la fe es hacer que el hombre interior se debilite por falta de comunión; cerrar la puerta del amor es hacer que se debilite por falta de ministerio. Por lo tanto, el creyente es un canal para el Espíritu que es, en figura, una corriente (Juan 7:38). *“De él fluirán ríos de agua viva... esto habló El del Espíritu que deberían recibir. Lo que se ha recibido es fluir.”* Un buen canal siempre está recibiendo, siempre lleno y siempre fluyendo. Para ser un buen canal, uno debe mantenerse constantemente abierto en el punto de entrada y en el punto de salida. Por lo tanto, estas dos puertas de Fe y Amor deben mantenerse constantemente abiertas. A través de la Fe, la puerta de entrada se abre hacia Dios, por así decirlo, recibimos constantemente la vida divina en comunión. A través del Amor, la puerta de entrada se abre hacia el hombre, constantemente entregamos la vida divina en el ministerio y el servicio. El canal que cierra una puerta deja de ser un canal. Para entrada sin salida significa estancamiento; y la salida sin entrada significa vacío.

No nos atrevemos a cesar de la fe; No nos atrevemos a relajarnos en el amor. Debemos pasar de la entrada de la comunión a la salida del servicio; y de regreso desde la entrega del servicio a la reposición de la comunión. El que cierra la puerta de la Comunión o la puerta del Ministerio, escribe sobre su vida, *“No hay vía pública;”* pero apenas ha hecho esto, el Espíritu, con mano invisible, escribe sobre esa misma vida, u No permanece *“Sin darse cuenta de que ambos son necesarios para formar una vida completa, simétrica y completa en Cristo, los hombres han tratado de divorciarse de ellos; Ensayaron a vivir uno sin el otro.”*

Al darse cuenta de que sin Cristo no podían hacer nada; viendo la necesidad de una comunión cercana y constante con Él; conscientes de la bendición y el poder de la vida de oración, se han entregado por completo a la Fe. lado de la vida permanente. Se han retirado del mundo con su pecado y sus locuras; se han escondido en la reclusión de la celda y el claustro; se han entregado a la oración, la meditación y la comunión. Pero cuando Dios se reveló a ellos a través de la vida de comunión, en lugar de abrir la puerta del Amor, aplicándose al ministerio y dando bendiciones espirituales y vida a los necesitados, intentaron conservar la Vida que se da a todos los hombres.

Luego vino el mórbido, un tipo de vida poco natural y saludable que habitaba en el monasterio y en la celda del ermitaño, y que degeneraba, cuando no estaba acompañado por el ministerio cotidiano del amor, hacia la muerte espiritual y la esterilidad. Cristo mismo no pudo vivir una vida así, pero cuando *“ungido por el Espíritu Santo, hizo el bien.”* El lado de la fe de la vida permanente es absolutamente esencial. Debemos darnos cuenta de nuestra propia muerte espiritual; debemos mirar a Jesús constantemente; debemos, hora por hora, recurrir a su vida divina. Pero *“la fe sin obras está muerta”*; la entrada sin salida es estancamiento; La comunión sin ministerio es unilateral. Hay otros que se entregan totalmente al servicio y las actividades cristianas. Su vida es una ronda continua de reuniones, sociedades, convenciones, direcciones y servicios, sin número.

Para ellos, las horas de oración son un factor desconocido; comunión es un término sin sentido; esperando en Dios una pérdida de tiempo precioso; La guía del Espíritu y la vida de Confianza son sólidas y sin importancia. Sin embargo, estas vidas, con todo su ajetreo, carecen de algo radical. Hay traste y humo; preocupación y ansiedad; falta consciente de poder hacer vivo en el servicio; ausencia de alegría, paz y bendición en las vidas que viven con tanta intensidad. No es más que el mismo escudo visto desde el lado anverso. Las obras realizadas en nuestro propio poder no son más que obras muertas; la cámara de oración es la única verdadera casa de poder; el ministerio, sin unción, no tiene vida; debemos tocar a Cristo antes de tocar a los hombres; no podemos derramar si no hemos recibido de Él. Un toque de un cable vivo emocionará a un hombre de principio a fin, pero puede tocarlo todo el día con un muerto y nunca vivirlo.

La fe sin ministerio está muerta; El ministerio sin fe, que es un ministerio aparte de Cristo, es declarado por Cristo mismo como nada. El que vive continuamente estos dos grandes mandamientos de Cristo; El que constantemente mantiene abiertas estas dos puertas de Fe y Amor; el que se convierte así en la vía del Espíritu Santo, ha aprendido el secreto final del Espíritu, el secreto de la vida permanente. - Por lo tanto, permanecer en Cristo es vivir una vida de fe constante en Cristo y amor constante en el hombre.

Amados, ¿hemos aprendido este secreto final del Espíritu Santo? ¿Estamos viviendo: la vida permanente? ¿Nos damos cuenta, por un lado, de nuestra dependencia indefensa y horaria de Jesucristo como la única plenitud de vida para nosotros? ¿Estamos aprendiendo la lección de mirarlo en todas las cosas? ¿Se ha convertido en la actitud habitual de nuestras vidas? ¿Somos lentos para hablar, planear, actuar, hasta que hayamos estado en contacto y aconsejado con Él? ¿No solo estamos derramando nuestras vidas por Él, sino que, lo que es aún más importante, nos mantenemos en una actitud tal que Él puede derramar Su vida a través de nosotros? En resumen, nos quedamos, nos quedamos, vivimos, permanecemos en la fe Además, ¿nos damos cuenta de que Él es Amor, amor de los demás? Que Él quiere que seamos como Él y, por lo tanto, dice “¿Un nuevo mandamiento que te doy para que se amen los unos a los otros como yo los he amado a ustedes?” ¿Hemos renunciado a nuestro amor propio y hemos convertido en el propósito supremo de nuestras vidas amar a los demás? Y, si es así, ¿lo estamos viviendo? ¿Nos preguntamos día a día y hora tras hora.

Hice esto en amor a los demás: planeé esto en amor: dije esto en amor: di, o ministré o serví en amor; amor de ¿otro? “¿Vivimos cada palabra dura, resentimos cada pensamiento egoísta, rechazamos cada acto egoísta porque cada uno viola la gran ley de amor de nuestra nueva vida? ¿Comprendemos que este Amor significa un ministerio y servicio práctico, constante y de por vida para otros, incluso cuando sirvió cuando estuvo en la tierra? ¿Estamos guardando ambos mandamientos continuamente? ¿Están abiertas las dos puertas? ¿Nuestras horas tranquilas están destinadas a la comunión?”

Y nuestras ocupadas para ministrar en Amor, por humildes y comunes que sean las cosas que hacemos. ¿Estamos buscando constantemente a Él, y tan ocupados en amar a los demás, que estamos comenzando a entender, solo un poco, esa maravillosa oración “Ya no soy yo quien vive, sino Cristo que vive en mí?” ¿Hemos probado así de permanecer? ¿Estamos siguiendo después de permanecer? Si es así, regocijémonos. Porque no es solo nuestro en promesa y nuestro en mandato, sino que es nuestro en experiencia real y consciente, como lo declara su propia Palabra bendita: - “Y por esto sabemos que Él permanece en nosotros por el Espíritu que tiene Nos han dado.”